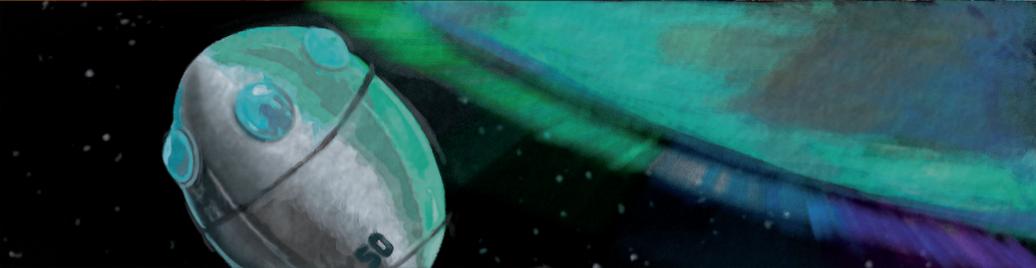
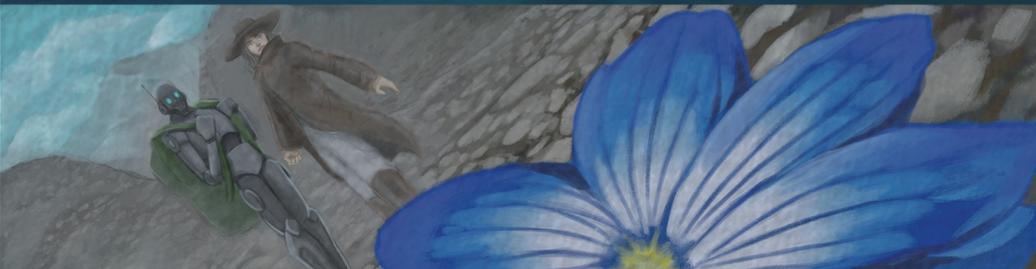


DANIEL BARRIOS CEA



HABITANTES DE  
**ORIÓN**



HABITANTES DE  
**ORIÓN**

## **HABITANTES DE ORIÓN**

© Daniel Barrios Cea

Primera edición: diciembre, 2024

Impreso en Santiago de Chile  
por Grupo Donnebaum



Licencia Creative Commons

Diseño, edición y diagramación  
Editorial ELOtroCuarto  
**[www.elotrocuarto.cl](http://www.elotrocuarto.cl)**

H A B I T A N T E S   D E  
**ORIÓN**

Daniel Barrios Cea

Ediciones **ElOtroCuarto**

*Al Profe Leandro, quien creyó en nosotros y en nuestros sueños, hasta que nosotros mismos comenzamos a creer. (Le envió un abrazo donde quiera que esté, en el infinito).*

*A Cata, quien con una breve conversación hizo florecer este texto, como una semilla que germina. (Espero que lo leas en esa playa del norte que tanto amas. Te lo agradezco infinitamente).*

*A Diego, Natu, Mario, Caro y Pedro; gracias por ser ese Pepito Grillo que siempre necesitamos en nuestro camino.*

*Y a mis padres, hermana y sobrino, por su incondicional amor y por soportar mis locuras.*

## PREFACIO

Como decía Arthur C. Clarke: «La única manera de descubrir los límites de lo posible es aventurarse un poco más allá, hacia lo imposible». Estos curiosos garabatos, impresos en un material blanco flexible (o en el medio que le seguirá en el futuro —¿quién sabe cómo será la lectura en unos cuantos años más? A mí aún me fascina el papel—), que leerás a continuación, vienen de los *habitantes de Orión*; una referencia que, en un primer análisis, puede parecer enigmática. Te encomiendo la tarea de investigar el origen del nombre; no será difícil de averiguar, especialmente con el acceso a la información disponible en este presente desde el cual escribo.

Si bien, todo lo que leerás a continuación es ciencia ficción, tiene un fundamento basado en la ciencia, o mejor dicho, una *semilla de realidad* desde donde germina la historia. Mi objetivo es plantear que las ciencias, o el método científico, son la verdadera y única llave que tenemos en la búsqueda eterna del conocimiento. No es perfecta, pero es *la* herramienta para no engañarnos a nosotros mismos y seguir avanzando hacia ese imposible que describe Clarke, siempre y cuando la utilicemos de manera sabia y colectiva.

¡Un abrazo a través del tiempo y la distancia que nos separa!

DANIEL BARRIOS



## TRABAJO DE CAMPO

«¡Bueno!, era evidente que esto pasaría», se dijo, mientras algunos brillos, primero azules, después verdes y, finalmente, anaranjados, en forma de ondas, como las de un guijarro lanzado en un estanque de agua, se reflejaban en sus ojos.

Contemplaba de pie la imagen a través de la pared. Se podía ver, con una nitidez extrema, la decadencia de ese lugar, otra rebosante de actividad. Un leve temblor remeció el recinto, y dijo para sí, con un tono nostálgico: eso es todo.

—Partiremos al siguiente destino lo más pronto posible. Preparémonos para abandonar este lugar —dijo, apesadumbrado, al grupo.

—Lo mantendré en el registro —se escuchó una voz desde el fondo de la sala.

—No es necesario —replicó, con una voz seca, tajante y sin expresión.

—Pienso que aún puede haber algún vestigio de...

—No, no tendría utilidad —contestó él—. ¿No basta con el espectáculo que acabas de presenciar? No queda ningún vestigio del propósito que nos trajo aquí. Elimínalo del registro y preparémonos para el siguiente lugar.

De pronto, la imagen se desvaneció y rápidamente fue reemplazada por una pared de color blanco, así como todo el recinto en el que se encontraban. Luego, la luz aumentó de manera progresiva, hasta que todo el lugar alcanzó un tono uniforme.

Todo el grupo estaba sentado de tal manera que se miraban unos a otros; él era el único que se encontraba de pie, aún pensando después del denostable espectáculo que habían presenciado. No era la primera vez que lo veía, pero no lo dejaba de sorprender cada vez que sucedía, incluso, a pesar de sus años de experiencia, se lo tomaba de una manera interrogativa y algo pesimista. ¿Por qué?, se seguía preguntando, pero tomó prontamente su lugar junto con el resto del grupo.

—Estamos listos para partir —le dijo un compañero.

—No esperemos más, entonces —contestó.

En ese momento, se desplegó una luz azulada en el centro que, rápidamente, se transformó en un ramillete de luces flotando como luciérnagas. Una de ellas resaltaba por sobre el resto.

—Nuestro siguiente destino —les dijo, señalando con una de sus falanges—. En marcha.

Dijo esto, y un suave vaivén se sintió al interior del recinto; los agitó mucho a todos, excepto a nuestro protagonista. Para él era algo usual debido a su experiencia.

—Es normal —les dijo—. Sucede a veces, por la distancia, que es algo mayor de la que acostumbramos recorrer.

Su llegada fue suave, apenas perceptible, como el murmullo del viento. A medida que avanzaban, el paisaje se revelaba yermo, pero hermoso, en perfecta soledad. Para el resto del grupo era desconocido, en cambio para él no. No era la primera vez que estaba allí.

—Prosigamos —le dijo al grupo—, ya estamos cerca, solo un poco más.

Mientras seguían avanzando, a través de ese paisaje desértico, tras las montañas se erguía el objetivo. Era muy parecido a los otros lugares que ya habían visitado, aunque a la vez diferente. Siempre era así: todos los sitios iguales uno del otro, pero a la vez, cada uno único e irrepetible. Nuevamente, colores hermosos se revelaban: azules, verdes y blancos. Todo estaba prístino, gran contraste respecto al lugar que acaban de dejar.

—Podemos observar una estructura con formas geométricas regulares —dijo una voz dentro del grupo a sus compañeros.

—¿Qué hace una estructura como esta en estos parajes? —mencionó otro dentro de la misma conversación.

«Así que han dejado de ser niños y ahora están pasando a ser adolescentes», dijo nuestro protagonista para sí mismo.

—Compañeros de viaje —comenzó a decir en un breve discurso—, la primera vez que estuve aquí, cuando era tan joven como ustedes, había tres lugares prometedores; después, en otros viajes, ya solo quedaba uno. Este tenía lo que buscábamos, pero no lo suficiente para nosotros. Y en la penúltima visita, si bien tenía todo lo necesario, aún era demasiado primitivo. Sin embargo, esta vez hemos llegado al despuntar de su alba.

—Lo siguen siendo —acotó uno de los integrantes—. Solo mírenlos; todavía viven en una sociedad tribal, depredan sin tener un equilibrio con su entorno. Lo poco que conocen de los cielos, lo han mal utilizado para asustarse a ellos mismos. Es extraño que su destino no haya sido funesto aún.

—No tiene por qué serlo. Este es el motivo de nuestras visitas recurrentes, de nuestros trabajos de campo, porque, a pesar de lo que indica nuestra lógica y las probabilidades, también existe

la posibilidad de otro curso, de otra (por así decirlo) nueva tendencia temporal. Así como nosotros lo hicimos en su momento, se están dando cuenta que lo único que llena ese gran vacío que experimentan es tenerse los unos a los otros. Están notando que no solo les bastará con estar unidos y dejar sus diferencias. La prueba está en la estructura metálica y poligonal que acabamos de observar. Están percibiendo que, en algún momento, la unión de sus individuos no será suficiente, por eso, están comenzando a aventurarse cada vez más lejos; están intentando buscar a otros más adentro de la inmensidad del vacío. Obviamente, van a seguir teniendo sus diferencias, pero se están empezando a diluir lentamente. Es solo un paso, el primero de muchos más. Compañeros, esta ha sido una visita corta y el examen para ellos aún está en curso, por lo que podemos concluir, por el momento, que aún tienen oportunidades de aprobar. Creo que todos están de acuerdo con lo que acabo de decir, a pesar de sus dudas.

El resto del grupo asintió en un claro gesto de acuerdo con él. Su delgada y esbelta figura se levantó de su puesto y se alejó de sus pares para acercarse a la pared que empezó a hacerse transparente de nuevo, y a iluminarse, revelando los colores pálidos y grisáceos de su rostro. Frente a él, se empezaba a erguir una esfera, una canica en la inmensidad del vacío, que se reflejaba en sus ojos negros y alargados, con hermosos colores: desde el azul profundo, pasando por el turquesa, al verde y los ocres; todos ellos coronados por suaves motas blancas que flotaban por sobre esa paleta de colores. Pudo observar en silencio aquel paisaje. No era el primero que veía después de todos sus viajes; era un lugar parecido a otros cientos que había visitado en su larga existencia, pero único. Aún se maravillaba, pues siempre era grato encontrar agua en el desierto. Ya era hora de partir.

—¿Cómo le llaman sus habitantes a este lugar? —preguntó uno de los miembros de la excursión.

—Sus habitantes le llaman Tierra —contestó él.

—Qué extraño, si hay más líquido que suelo firme —replícó uno de sus colegas.

—Lo saben, solo que, cuando le pusieron nombre, su sociedad aún creía que eran el centro de todo, pero les gusto y así lo dejaron.

Así, la nave empezó su desplazamiento por el espacio hasta perderse en el océano de estrellas, como un bólido luminoso, que con suerte alguien en nuestro planeta pudo notar.<sup>1</sup>

---

1 «Un ser extraterrestre recién llegado a la Tierra —si hiciera un examen de lo que presentamos principalmente a nuestros hijos en televisión, radio, cine, periódicos, revistas, cómics y muchos libros— podría llegar fácilmente a la conclusión de que queremos enseñarles asesinatos, violaciones, crueldad, superstición, credulidad y consumismo. Insistimos en ello y, a fuerza de repetición, por fin muchos de ellos quizá aprendan. ¿Qué tipo de sociedad podríamos crear si, en lugar de eso, les inculcáramos la ciencia y un soplo de esperanza?». *El mundo y sus demonios*, Carl Sagan.

## LAS FLORES DE MI JARDÍN

Como todas las mañanas, Violeta Rosales salía temprano de su casa. En las lomas, cerca de la costa, comprobaba el estado de sus mallas atrapanieblas (que no estuvieran rotas o descosidas), revisaba su recolección diaria de agua y removía el polvo acumulado de los paneles solares. Luego, se subía a su vehículo solar todoterreno y empezaba su viaje por el lecho de uno de los dos ríos secos que dominaban aquella región, con dirección hacia las montañas. En el asiento del copiloto la acompañaba su androide utilitario NS-2, que tenía forma antropomórfica, aunque no hablaba, pues su procesador vocal había sido dañado por una tormenta de polvo, de las que abundaban hace muchos años atrás en la región. Ya no habían repuestos para tales procesadores, pero NS-2 entendía perfectamente las órdenes de Violeta y gesticulaba sus respuestas asintiendo con la cabeza o encendiendo luces en la boca de su rostro; todo esto gracias a los protocolos que había programado hábilmente Violeta en NS-2 cuando perdió su procesador vocal. Con esto, el androide seguía siendo plenamente funcional y útil para los usos que le daba su dueña.

Violeta continuaba manejando por el lecho del río mientras comía una barra de proteína —su desayuno—, acompañada únicamente por la mirada de las dos cámaras redondas, rodea-

das de pequeñas luces de color blanco, que hacían de ojos en el rostro sin expresión y silencioso del androide. Violeta miraba la hora y el termómetro del vehículo: eran las 9 de la mañana y la temperatura se empinaba casi a los 28 grados Celsius. El vehículo seguía moviéndose a través del lecho seco, levantando mucho polvo adelante y aún más tras de sí, puesto que, a pesar de ser un todoterreno muy apto para el territorio donde se movía, no era muy rápido, y el polvo se acumulaba sobre las celdas solares, reduciendo su rendimiento y, por ende, su velocidad. Sabía que en algún momento tendría que detenerse, bajarse y limpiarlos. Seguía conduciendo cuando empezó a notar que la velocidad empezaba a disminuir. Violeta sabía que le tocaba bajarse. Detuvo el vehículo y se puso una gabardina de cuero con solapas y un sombrero de paño. Era algo caluroso y hacía sudar mucho, pero pensaba que eran más peligrosas las quemaduras provocadas por el sol junto con el polvo que irritaba la piel. Cogió una escoba, abrió la puerta y descendió del vehículo. Detrás de este, había una escalerilla para subir al techo y acceder a los paneles solares y a la batería de alimentación. Una vez en el techo, comenzó a barrer el polvo acumulado y notó que era bastante. Pensó en lo mal que esto le hacía a la eficiencia de los paneles y que este hecho iba a retrasar su itinerario, pues no quería pasar la noche fuera de casa. Estaba aún barriendo las celdas fotovoltaicas, absorta en esos pensamientos, cuando sintió la puerta del acompañante abrirse. Violeta asomó su cabeza por el techo, mirando hacia abajo, y se topó con los ojos brillantes de NS-2 mirándola. En seguida, le preguntó:

—¡Oye, NS! ¿Acaso saliste a ayudarme?

El androide la siguió mirando fijo y movió la cabeza de derecha a izquierda emitiendo un claro sonido electromecánico

en un gesto negativo. Volteó la cabeza en dirección al vehículo, abrió la puerta, entró y se sentó nuevamente haciendo que Violeta, algo ofuscada, exclamara:

—¡Claro! ¡Como si tu programación no incluyera la limpieza y reparación, pedazo de chatarra; lo único que sabes hacer es autodiagnóstico y exigir que lubriquen tus articulaciones!

Lo único que recibió como respuesta fue silencio; no hubo ni un ápice de movimiento dentro del vehículo. Violeta, esta vez, exclamó en un tono más calmado:

—¡Solo a mí se me ocurre discutir con un androide! ¡Es como discutir con una pared!

Terminó esa frase con un suspiro de resignación y siguió limpiando celdas. Ya estaba terminando esa labor cuando algo le llamó la atención. Desde el techo del vehículo pudo observar, por sobre la hondonada creada por el lecho del río extinto hace décadas, en las planicies, unas estructuras en la lejanía. Eran ruinas. Bajó del techo por la escalinata y saltó al piso. El polvo ocre se levantó entre sus pies y no tuvo tiempo de asentarse antes de que ella ya estuviera en marcha. De pronto, sintió un ruido que le hizo voltear la cabeza. Era NS-2 que se había bajado del vehículo y la había seguido. Violeta se estaba acercando al borde de la hondonada, donde se encontraban las rocas que, en tiempos pretéritos, habían servido de defensa para las inundaciones. No había empezado a escalar cuando NS-2 ya había llegado de dos zancadas a la cima. Ella, con algo de dificultad, lo alcanzó. Cuando llegó arriba de la antigua defensa ribereña, el androide estaba de pie mirando las ruinas. Al verlo, Violeta exclamó:

—¿Acaso no me vas a echar una mano?

NS-2 la miró, alzó la vista y volvió a voltear la cabeza hacia los restos sin siquiera extenderle una extremidad. Aún con

las manos y los pies en las rocas, Violeta hizo una mueca arqueando la esquina superior del labio derecho y levantando la ceja izquierda, en un claro gesto de agravio frente a la actitud del androide. Finalmente, pudo incorporarse al lado de este y, sin decir una palabra, puso pie en marcha hacia las ruinas. A medida que caminaba, fue pasando de la polvorienta tierra amarilla al pavimento agrietado y envejecido de la avenida principal de un pueblo de lo que era el área rural de la región, cuyo nombre se había perdido hace años. Miraba los restos de las casas derruidas por el paso del tiempo. A su lado, y fiel a su estilo silencioso, estaba NS- 2. Sus pasos eran más llamativos que los de ella, con ese típico sonido metálico y electrohidráulico. De repente, una de las casas le resultó profundamente familiar. Se acercó lentamente, pasando el umbral de la entrada del jardín, pisando lo que alguna vez fue pasto y que ahora era solo paja reseca y polvo amarillo y estéril, y entró por los restos de la puerta de esa casa de muros agrietados y parte del techo derrumbado. Entró a una habitación y observó el piso; en él había cuadros con fotos desteñidas. Lo recogió, miró y suspiró, dejándolo otra vez en el piso, de manera suave y delicada, como si fuera lo más importante del mundo. Se había reconocido en ella cuando era niña, cuando el mundo era bueno y verde. Había pasado tanto tiempo que ya ni recordaba que ese había sido su hogar. El reencuentro le recordó su misión y empezó a caminar. Saliendo de la casa, llegó nuevamente a la avenida principal del pueblo, y empezó a dejar atrás los restos de aquel muerto y viejo centro urbano. Sus casas, supermercados, colegios y plazas; todo se había ido hace mucho para no volver jamás. A su lado, NS-2, como siempre en silencio, la acompañaba. Pronto alcanzó los restos de las defensas del río, descendió hacia el polvoriento lecho seco, llegó a su vehículo y

se subió junto con NS-2. Lo encendió y se alejó de aquella villa en silencio, poniendo rumbo hacia las montañas. NS-2 la miraba fijamente, pero a Violeta no le importó; siguió conduciendo sin hacer reclamación o queja.

Así pasaban las horas. El todoterreno se desplazaba raudamente. La temperatura se empinaba por sobre los 30 grados Celsius; un día promedio de invierno, que en verano se empinaba sobre los 40. De pronto, el termómetro del todoterreno empezó a registrar una baja en la temperatura del exterior. Violeta bajó la ventanilla del conductor; el aire fresco se empezó a colar al interior del vehículo. Entonces, empezó a respirar profundamente. Era aire de montaña. El vehículo siguió ascendiendo hasta que el lecho del río se cortó abruptamente. Había caído un rodado de piedras que obstruía el camino formado por las corrientes desaparecidas hace años. No tendrían otra alternativa que caminar el resto del trayecto, cosa que no le agradaba mucho. Si el calor en el día era apenas tolerable, el frío de la noche podría resultar mortal, sobre todo si los encontraba descampados y sin refugio. A NS-2 le daba lo mismo; era un androide.

Se bajó del vehículo y abrió la cajuela trasera del todoterreno. Allí tenía una mochila con todo lo necesario para una excursión: bastones de caminata, brújula, hacha, raciones para tres días, diez litros de agua, una carpa para alta montaña, lámparas y cuerdas de escala de 10 y 60 metros. Se cercioró que estuviera todo asegurado, cerró la mochila y la cargó en su espalda. Pesaba, pero lo más macizo se lo agregó a otra mochila que portaba NS-2 especialmente para el caso. El androide la cargó sin chistar. Solo emitió un sonido por el peso cargado en sus sistemas electromecánicos. Empezaron a caminar, alejándose del vehículo. Violeta no pensó en ponerlo a resguardo. No había nadie que pudie-

ra robárselo; eran los únicos que quedaban en esos páramos. Se acercaron al rodado que obstruía la huella dejada por el río, y empezaron a escalar con algo de dificultad, porque los restos del rodado estaban muy empinados. Hubiese sido imposible para el vehículo todoterreno vadearlo, por lo que Violeta intuyó que fue una sabia decisión hacer el resto del camino a pie. Una vez sorteado el primer obstáculo, con mucha dificultad debido al tamaño de las rocas, el camino quedaba libre, pero empinado aún por la presencia de la imponente cordillera, que alguna vez fue el origen del potente río que ahora no era más que un recuerdo y un sendero de caminata polvoriento. Violeta buscaba algo, una señal inequívoca que los llevara hacia su objetivo.

Las horas pasaban y la temperatura se empinó por sobre los 30 grados Celsius. En la montaña, Violeta caminaba con su mochila a cuestas y sentía que sudaba en exceso. Tomaba sorbos de su cantimplora, pero seguía teniendo la boca seca; la sed apenas se apagaba. Hacía un par de kilómetros que la senda del río se había terminado; ahora era solo montaña. Sintió que estaba perdiendo las esperanzas cuando, en una quebrada, algo le llamó la atención. La roca, a lo lejos, se veía de un color más oscuro; quizá por accidente del terreno, pero lo dudaba. Rápidamente, sacó unos binoculares de su bolso y observó. Allí, donde sus binoculares apuntaron, había humedad y, por lo tanto, agua. Si hay agua, hay vida. Violeta se exaltó y empezó a apurar el paso hasta llegar al borde de un precipicio. NS-2 la siguió diligentemente. Al llegar se detuvieron en la orilla. Violeta tomó nuevamente sus binoculares y observó, finalmente, lo que estaba buscando: una

flor, el Crocus azul<sup>2</sup>. Su corazón se llenó de emoción, porque la había buscado hacía mucho tiempo.

—Oye, hojalata, ¡sé útil alguna vez y saca tu carga de la mochila!

En ese momento, NS-2 se sacó el bolso que llevaba en la espalda, emitiendo su habitual y corto sonido electromecánico, y lo depositó en el suelo. Se notaba que contenía un elemento sólido dentro, porque al ser depositado, este mantuvo su forma. El androide deslizó el cierre y abrió el bolso, mostrando su contenido. Era un contenedor transparente con tierra en el fondo y una unidad de climatización propia: un mini oasis.

—Déjalo allí. Tenemos que descender e ir por la planta por nuestra cuenta. El mini oasis solo estorbaría y podría romperse, y todo esto sería inútil —le dijo Violeta a NS-2.

NS-2 asintió con la cabeza y no volvió a levantar el recipiente del suelo. Violeta dejó su mochila y solo retuvo los bastones de senderismo, y se empezó a acercarse a la cornisa. No era mucha la distancia hasta la flor. Ya la podía ver claramente. Empezó a descender con cuidado; la roca estaba suelta y muy inestable. A medida que descendía, algunos guijarros se desprendían, haciendo su caminar muy inseguro. NS-2 la seguía silenciosamente; sus sensores hacían que tuviera mejor equilibrio que Violeta. Seguían descendiendo. Cuando tuvieron la flor a la vista y Violeta estuvo a punto de alcanzarla, de repente, sintió que resbalaba y perdía el equilibrio. Sintió que caía. Empezó a dar tumbos, pasando por el lado de la flor, sin tocarla. Llegó hasta casi el fondo de la quebrada y se golpeó fuertemente las costillas con una gran roca que a su vez la detuvo de seguir cayendo. En ese momen-

---

2 El Crocus azul o azafrán azul (*Tecophilaea cyanocrocus* Leyb.) es una flor de montaña endémica de Chile que se creyó extinta durante 50 años.

to, NS2 saltó en sucesivas zancadas perfectamente equilibradas, sin siquiera mover algún guijarro, hasta llegar al lugar donde se encontraba Violeta tirada. NS-2 se puso en cuclillas mirando a Violeta, quien le devolvió la mirada con la respiración entrecortada. NS-2 empezó a escanearla con los sensores que portaba en sus cámaras. Heridas internas, contusiones y fracturas múltiples. El diagnóstico era lapidario. Violeta seguía mirando el rostro de NS-2; intuía lo que iba a pasar. Sin fuerzas, tomó uno de los brazos de NS-2 y lo acercó hacia él, diciéndole:

—Las flores..., las flores de mi jardín, protégelas. La que está aquí es la última de ellas; llévatela, no permitas que muera. Busca a otras de su tipo y a más personas como yo. Llegarán las lluvias nuevamente, algún día. Hasta que llegue ese día, tienes que cuidarlas, regarlas. Usa tu programación pedazo de chatarra.

La respiración de Violeta se empezó a hacer más lenta; los sensores de NS-2 también detectaron que el pulso se hacía más débil hasta sentir que se apagaba.

Horas más tarde, NS-2 llevaba en su mochila el contenedor con la flor dentro de ella y, entre sus su brazos, envuelto en una frazada, el cuerpo de Violeta. Abordó el todoterreno para perderse en el anochecer. En ese momento, las baterías reemplazaron a las celdas solares.

\*

Es un día soleado en la costa; una pala de jardín se entierra en el suave y fértil suelo lleno de flores y otras plantas más, que forman una alfombra verde. El agua fluye suave de los estanques de almacenaje y desde los colectores de niebla, que van en dirección a los surcos, y que sirven de canales para alimentar el vivero.

En el fondo de este, en un tumulto de tierra lleno de pasto, hay flores de todo tipo. En su cúspide, un poste metálico, coronado por un pequeño letrero, dice «Violeta». La pala se vuelve a enterrar por una mano metálica, que en sus falanges muestra signos de evidente corrosión por el paso de los años. NS-2 saca la pala solo para volver a enterrarla: está acomodando la tierra alrededor de las plantas. El androide se detiene para observar en dirección al mar. En el cielo, un conjunto de nubes grises se acerca desde lejos con intenciones amenazadoras. Horas después, el agua comienza a caer sobre la cabeza de NS-2 limpiando y removiendo la tierra por primera vez en más de un siglo. La Tierra había perdonado a sus hijos por haberla maltratado.

## **BEEP, BEEP, BEEP**

Estaba recuperando la vista mientras trataba de sacarse el aturdimiento. Sus oídos aún retumbaban, pero podía oír el eco lejano de un sonido que le era familiar:

—Beep, beep, beep, beep, beep, beep.

A medida que agudizaba su visión y podía distinguir las luces del panel de control, muchas de ellas en color rojo, no se había percatado que se encontraba en microgravedad hasta que notó un par de gotas de sangre que brotaron en forma de una perfecta esfera de color carmesí desde su nariz. Pensó, para sí misma, que si hubiese tenido una fractura mientras había estado inconsciente era muy probable que hubiese muerto hace un par de horas atrás, puesto que, las lesiones críticas como hemorragias y fracturas no se comportan de la misma manera en microgravedad. Al igual que el fuego que se comporta como una esfera de plasma en condiciones de baja gravedad, una herida que podría ser fácilmente entablillada en la Tierra, aquí, podría ser mortal. Pensó esto y se dio cuenta que ya había empezado a recordar.

—Beep, beep, beep, beep, beep, beep.

El sonido se hacía cada vez más fuerte. Era señal de que las molestias que tenía en los oídos se iban reduciendo lentamente. La jaqueca con la que había despertado comenzaba a ceder. Poco

a poco, todo se hacía más claro en su cabeza; su misión, y quién era: una viajera del tiempo, una crononauta.

—Beep, beep, beep, beep, beep.

La pregunta no es donde estoy, sino en qué año estoy, se decía a sí misma, aún amarrada a su asiento. Ya recordaba que todo lo que estaba sintiendo en esos momentos —zumbar de oídos, visión borrosa y jaqueca— era la consecuencia del salto temporal. Pero algo había salido mal, terriblemente mal. Haber estado inconsciente, perder su memoria por un periodo de tiempo que ella desconocía y ver su sangre flotando, le decía que parte del procedimiento había resultado erróneo y que no todo había salido según se había planificado.

—Beep, beep, beep, beep, beep.

Rápidamente, la crononauta se desamarró de su silla de vuelo. Las correas se autorreplegaron de manera automática, y tomó impulso con sus pies. Se apoyó en la misma silla, aprovechando la ingravidez de su entorno para acercarse a uno de los paneles de la nave. Se sostuvo con su palma sobre este, y el material programable del que estaba hecho el panel reaccionó de manera orgánica, casi viva, contrayéndose y dejando expuesto los rectángulos transparentes de brillo blanco diamantado, producto de la luz que era utilizada para leer su información. Uno de ellos se encontraba titilando. Efectivamente, había uno que se encontraba en mal estado por causas que ella desconocía. Estaba a punto de coger el cristal cuando sintió un sonido nuevo.

—Top, top. Advertencia, advertencia, advertencia: evento solar máximo, alcance en dos horas —escuchó de los altoparlantes y recordó el propósito de su salto. Pero ¿era el año correcto?

—Computadora, dime cuál es la fecha terrestre actual a partir del momento de partida de la cápsula —dijo, esperando obtener una respuesta de la nave.

—Beep, beep, beep, beep, beep, beep.

En ese momento, la crononauta se percató que los cristales apagados tenían directa relación con el comportamiento de la computadora, por lo que no había una respuesta verbal de su parte. Entonces, pensó: es probable que parte de la IA se haya dañado o la parte consciente no esté respondiendo a mis comandos verbales.

—Beep, beep, beep, beep, beep, beep.

Alejó las manos del panel donde se encontraban los cristales y, al terminar este proceso, la materia programable volvió a desplegarse, quedando el panel con un sellado perfecto. Se impulsó nuevamente, aprovechando su flotabilidad para esta vez acercarse al asiento y acomodar su cabeza en el reposadero. Posó sus manos sobre el tablero liso en frente de ella y este se transformó en un teclado. Sobre su vista se desplegó un holograma que mostraba todo el entorno externo a la cápsula. Presionó unas cuantas teclas rápidamente y se mostró la información. El dato temporal estaba confirmado.

—Beep, beep, beep, beep, beep, beep.

«28 de agosto de 1859<sup>3</sup>. Fecha confirmada. Evento de eyección de masa coronal de máxima potencia. Posible destrucción de parte del campo magnético de la Tierra, resultando en la pérdida de la ionosfera con la consecuente entrada de radiaciones cósmicas, letales para la vida terrestre».

---

3 El 28 de agosto de 1859, fecha conocida como el evento de Carrington, se considera la tormenta solar más potente jamás registrada. Quemó centrales telegráficas y se observaron auroras boreales en latitudes tan bajas como Cuba.

La crononauta, ya plenamente recompuesta y con toda la información en su cabeza, tenía claro qué debía hacer. La adrenalina corría por su sangre y la ansiedad tocaba su pecho.

—Beep, beep, beep, beep, beep, beep.

En el vacío del espacio, la cápsula iluminada por la Tierra, que a su vez actuaba como telón de fondo, lentamente, se dividió en dos. La parte más pequeña de esta contenía a la crononauta que observaba por el cristal cómo la otra mitad más grande aceleraba de forma autónoma y ponía trayectoria rumbo al sol, acelerando cada vez más rápido hasta perderse de vista. De pronto, y en la dirección de esta, se observó un gran fulgor de colores blanquecinos como velos translúcidos en forma de capas. Esta, de imprevisible, perdió intensidad, pero pudo observar algo más a través del cristal de su ahora pequeño habitáculo. La atmósfera de la nocturna Tierra empezó a adquirir velos de colores en tonos vívidos: verde, amarillo, blanco y rojo, iluminando hermosamente el interior de la cápsula

«Será una temporada muy larga en Texas. La vida será dura para una mujer en este siglo», pensó.

Mientras, desde la Tierra, mucha gente estaba contemplando el hermoso espectáculo de las luces del norte en latitudes tan bajas como el Caribe o Estados Unidos. La entrada de un extraño y fulgurante meteorito pasó como un hecho más en el anecdotario de aquel fenómeno que destruyó telégrafos y todo aparato eléctrico de la época.

—Beep, beep, beep, beep, beep, beep.

## LOS 2 SOLES

Hacía un hermoso día en la playa, las gaviotas se deslizaban por las corrientes de aire que corrían como brisa desde el mar hacia el interior. Él estaba de pie y descalzo sobre la arena mirando hacia el mar; ella, recostada sobre una manta con las piernas recogidas a su lado izquierdo, llevaba puesto un sombrero blanco de ala larga. Él cerró los ojos y alzó la cabeza como si estuviera tratando de mirar el sol, y suspiró profundamente para luego exhalar.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó ella.

—¡Aprovechando el día! —contestó él—. Solo mira lo hermoso que está: despejado y muy fresco; siente el viento, mira las aves. Hay un sol estupendo.

—¡Sí, el sol! —dijo ella, mientras acomodaba su cabello alrededor de su sombrero—. Primera vez que veo la playa tan vacía en esta fecha.

—¿Ves? ¿Qué mejor? Toda la playa para nosotros; todo el día. No nos preocuparemos por nada más.

—¡Lástima que sea solo un día! Me hubiese gustado que hubiesen sido un par más —contestó ella.

—¿Lo crees? Yo estoy bien. Para mí es suficiente; estoy con mi mente tranquila.

—¿Quieres comer algo? Traje cosas para comer.

—No, gracias, no tengo hambre. ¿Por qué sucedió todo esto?

Él la miró con un rostro sereno, pero con algo de tristeza en sus ojos, y replicó:

—No hicimos lo suficiente. Los recursos fueron cada vez más escasos. Los políticos se apoyaron en las estadísticas para, cada año, reducir nuestros presupuestos, y no en el hecho de que ya había pasado esto antes. Trabajamos con lo que teníamos, pero el uso y el tiempo cobraron su precio, y hacía que los elementos fallaran, como es natural y de esperarse. En un momento no hubo más repuestos, y así, uno a uno, nuestros aparatos más complejos fueron apagándose, hasta solo quedar los más simples y elementales. ¡No lo vimos venir! Deberíamos haber protestado más, pero ya no lo hicimos.

—¿Y estamos aquí para ver el resultado de todas esas negligencias? —le preguntó ella, mientras lo miraba con una expresión profunda.

—¿Hubieras preferido quedarte en casa? Encerrados, esperando que algo vaya a cambiar a último minuto cuando ya las cartas están echadas. Disfrutemos de la naturaleza mientras podamos. El clima ha estado excelente este verano como para no aprovecharlo. Es mil veces mejor estar aquí que estar en casa agazapados entre esas cuatro paredes de concreto de nuestro apartamento.

A la vez que él pronunciaba estas palabras, cerraba los ojos y dejaba que el viento acariciara su rostro.

—¿Este es el fin? —preguntó ella.

—No. Algunos sobrevivirán. Es una característica de nuestra especie; la adaptación y la resiliencia es nuestro sello, tanto como la inteligencia. Quizás sea una nueva oportunidad, un nuevo Génesis, como dirían algunos más religiosos.

Beep, beep, sonó en la muñeca al terminar de decir la última frase.

—¿Qué fue ese sonido? —preguntó ella.

—La notificación de mi reloj inteligente. Era la central de mando. Fallaron los misiles que lanzamos, ¡era lógico! —dijo mientras llevaba su dedo pulgar e índice a la frente, y fruncía el ceño—. Aun así, conservaba alguna esperanza.

—¿Entonces, todo terminó? —replicó ella.

Él solo guardó silencio y miró el horizonte. Así pasaron las horas hasta que llegó el atardecer.

—¡Mira! ¡Allí está! ¡Parece un segundo sol! —dijo ella.

Él se quedó callado.

El atardecer mostraba el sol rojizo. A su lado derecho, una estrella brillante aparecía. No era cualquier estrella. Tenía una cola fulgurosa, y su brillo se hacía cada vez más grande. La observaron en silencio. Ellos eran los únicos que quedaban en esa playa completamente desierta. Empezaban a esa hora a rugir las alarmas de los bomberos de la costa: había llegado el cometa.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> El Asteroid Terrestrial-impact Last Alert System (ATLAS), financiado por la NASA, es el sistema de detección de asteroides de última generación, operado por el Instituto de Física y Astronomía (IFA) de la Universidad de Hawái (UH) para la Planetary Defense Coordination Office (PDCO). Coordina telescopios en Chile, Sudáfrica y Hawái, y escanea el cielo en busca de objetos potencialmente peligrosos para el planeta.

## ÚLTIMA STELLARUM

Francisco miraba por la ventanilla con sus pequeños dedos pegados en ella. Su respiración y la humedad de sus manos generaban vaho, con el que jugaba frenéticamente haciendo figuras antes de que este se evaporara debido al sistema de aire acondicionado de la cabina. De pronto, detuvo su juego y dirigió su atención hacia el exterior de la ventanilla. En silencio observó las cúpulas transparentes en donde se encontraban las ciudades con sus verdes campos y centros urbanos y, de fondo, la luz tenue y blanquecina de un sol diferente al nuestro.

—Francisco, ven, siéntate, es hora que lo hagas, te abroches el cinturón y te coloques tu casco. En un par de minutos más aterrizaremos —replicó su madre.

—Pero mamá, pasamos mucho tiempo viajando y solo vemos oscuridad. Este es el primer lugar que vemos en años luz.

—Lo sé, pero hazme caso. Los aterrizajes siempre son algo complejos, y por tu seguridad quiero que te pongas tu casco. Hace mucho que no vemos a tu padre y se sentirá muy orgulloso de verte en traje de astronauta y no en una cápsula cuna.

El pequeño se sobresaltó, haciendo un movimiento en forma de espasmo con el cuerpo, acompañado de una corta inhalación rápida. Se sonrojó mientras miraba a su madre con

la inocencia propia de un niño. Su madre sostenía el casco que Francisco tenía que usar. Se acercó a ella, que ya se encontraba sentada y, silenciosamente, agachó la cabeza mientras su madre lo colocaba y ajustaba los sistemas de soporte vital del traje.

—Listo. ¿Respiras bien? —preguntó su madre.

—Francisco asintió con la cabeza.

—Bueno, probemos tu micrófono, ¡háblame!

—Sí, mamá —dijo mirándola a través del visor de su casco.

—OK, funciona. Entonces, estamos listos. Ven y siéntate; tengo que abrocharte el cinturón.

—Mamá, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, Francisco, dime.

—¿Siempre el espacio fue tan oscuro? ¿Hubo más estrellas antes?

Ella lo miró con esa expresión que solo las madres tienen para sus hijos, y esbozó una sonrisa suave y cálida, mientras lo agarraba suavemente por debajo de las axilas y lo ubicaba en su asiento.

—Déjame que te cuente algo, Francisco. Hace mucho, mucho tiempo, antes de que yo naciera, antes de que tus abuelos, e incluso tus tatarabuelos, nacieran, todas las personas venían de un solo planeta.

—¿Un solo planeta?

—Así es. Lo llamaban Tierra. Este planeta orbitaba en una estrella diferente de las que tú y yo conocemos. Era amarilla, y en esa época no era la única. El espacio estaba lleno de ellas, de todos los colores y tamaños que te puedas imaginar. Eran tantas, que no había un número suficientemente grande para contarlas.

—¿Eran más que los cabellos de mi cabeza, mamá?

—Ni los cabellos de cien niños como tú alcanzarían para igualar el número que había.

El niño abrió los ojos con expresión de asombro detrás del visor de su casco, dando esa pequeña exhalación propia de la niñez.

—¿Y qué sucedió, mamá?

—No nos conformamos con solo ver las estrellas. Nos sentíamos solos y queríamos alcanzarlas, ver si había otras personas habitando en ellas. Entonces, empezamos a salir de la Tierra. Poco a poco, empezamos a llegar cada vez a más planetas y más lejos, hasta que, de pronto, ya no éramos solo originarios de la Tierra. Éramos de varios mundos. Y, así, pasaron muchos, pero muchísimos años. Primero, la estrella que albergaba la Tierra se apagó, y con ella también nuestro planeta madre. Pero seguimos adelante como especie, porque ya habitábamos muchos mundos en ese momento. El tiempo pasó y, una a una, las estrellas que habitamos empezaron también a apagarse. Cuando eso ocurría, simplemente nos cambiábamos a la siguiente, pero empezó a suceder que cada vez nos costaba más encontrarlas en el espacio, y nos dimos cuenta que el universo se estaba haciendo viejo, y nuestras compañeras, que creíamos eternas, no lo eran.

—Mamá, ¿por qué se apagaron?

—Porque todo, inclusive las estrellas, tiene un ciclo de vida: nacer, crecer, envejecer y, finalmente, morir. Para nosotros, parecen eternas, porque viven muchas de nuestras vidas. Ni con la vida de tus tatarabuelos, ni tus abuelos, ni nosotros, tus padres, ni, incluso, la tuya, Francisco, sumamos una fracción de lo que viven ellas. ¿Te acuerdas cuál era la proporción de edad de un perro en comparación a un año humano?

—Sí, mamá.

—Es lo mismo, hijo mío.

Mientras decía esto, la madre terminaba de asegurar a Francisco en el asiento con las correas del cinturón de seguridad. De pronto, un sonido y la luz de anuncio de cinturones y proximidad de aterrizaje, se encendieron sobre sus cabezas. A pesar de esos estímulos, Francisco seguía mirando intensamente a su madre detrás del visor, con unos ojos inmensos, llenos de curiosidad que solo un niño puede tener.

—¿Qué me quieres preguntar? —dijo la madre.

—Mamá, ¿si todas las estrellas se han apagado, cómo es que el planeta al que vamos tiene aún una estrella?

La madre sabía que venía esa pregunta, así que decidió no terminar la lección de historia y astronomía para mantenerlo distraído mientras aseguraba las conexiones del traje espacial y abrochaba los cinturones de seguridad del asiento. Mientras tanto, el transbordador iniciaba sus maniobras de aproximación a la atmósfera del cuerpo celeste. Si no lo hubiera distraído, el niño habría estado adherido, como con súper pegamento, a las ventanillas de la cabina, admirando la celestial vista (¡y quién no se quedaría pegado y boquiabierto viendo un planeta desde el espacio!). Pero, como toda madre que conoce bien a sus hijos, ella sabía que la debilidad de Francisco era la curiosidad. Por eso permitió que siguiera preguntando aun cuando no tuviera respuesta. Esbozó una sonrisa de triunfo, como quien gana por estrecho margen un juego muy complicado, mientras Francisco trataba de entender el lenguaje corporal en el rostro de su madre. Ella lo miró y le dijo:

—A este tipo de estrella, hijo, se le conoce como «enana blanca»<sup>5</sup>, y todavía quedan millones de ellas en el universo. Ellas son las únicas que quedan de cierto tipo de estrella, como la que llamaban «sol» nuestros antepasados. Antes, había unas que al morir explotaban de manera maravillosa, pero este no es el caso. Las de este tipo, al apagarse su vida, pierden capas y, al final, queda solo su núcleo que nombramos «enana blanca». Son increíblemente calientes, pero muy estables; tanto, que brillan durante millones de años más que las estrellas que había cuando solo vivíamos en la Tierra. Esa última luz que nos deja, nos ha permitido tener nuestros hogares alrededor de ellas y, además, nos sirven como faro para navegar en la oscuridad del espacio. Las utilizamos junto con la gravedad de los agujeros negros. Hay muchas de ellas aún, a pesar de que casi todas las estrellas se han ido. Hijo, ¿lo ves? Aún el universo ha sido benevolente con nosotros, sus hijos. Ellas son las últimas estrellas.

Terminó de hablar y se escuchó una voz en los altoparlantes de la cabina:

—Señores pasajeros, hemos arribado a destino. Les agradecemos su preferencia. Que disfruten de la estadía. Favor de retirar su equipaje una vez salgan de la manga de atraque.

—Ves, hijo, hemos llegado. Veremos a tu padre, al fin. Lo he extrañado mucho, y tú también.

Una vez que descendieron del transbordador, Francisco y su madre caminaron tomados de la mano por los pasillos del puerto espacial para encontrarse con el padre del niño.

—¡Mamá!

—Dime, hijo.

---

5 Las enanas blancas, hasta donde ha aportado el conocimiento científico, pueden ser las estrellas más antiguas del universo. El universo aún es demasiado joven como para ver una enana blanca enfriarse y pasar a su siguiente estado.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

El semblante de la madre volvió a esbozar una sonrisa pícaro de triunfo y, nuevamente, Francisco no entendió el lenguaje corporal de la madre. Mirándolo le dijo:

—¿Qué quieres preguntar?

—¿Cómo es que las estrellas explotan? Yo nunca he visto a alguna hacerlo.

—Esa es una pregunta para otro día... Mira, allí está tu padre.

El niño miró y, a la distancia, pudo reconocer una silueta familiar. Soltó la mano de su madre y corrió a toda velocidad a través del pasillo.

## EN BUSCA DE CONTACTO

Era la mitad de la noche cuando, en la sala de control, se tomaron un pequeño descanso en una habitación habilitada para ello.

La noche, hasta el momento, no había sido demasiado pesada, y el ánimo de aquel turno, más la valiosa información recolectada y los días libres venideros, se había tomado las cabezas de los técnicos y radioastrónomos que habían solicitado tiempo de observación en el radiotelescopio esa semana.

—¿Qué haremos este fin de semana? —preguntó una de las radioastrónomas a una de sus compañeras, mientras sostenía una taza de café cargado para espantar el cansancio de las últimas horas que quedaban de oscuridad<sup>6</sup> y de turno.

—Hay un excelente bar en el boulevard de la costa. Podríamos ir después de llegar al hotel, ¿no te parece? —replicó su interlocutora, mientras se echaba a la boca una barrita de cereal.

—¡Me sumo a lo que sea que estén planificando, chicas! Me uno con o sin invitación —dijo uno de los técnicos que estaba entrando a la sala para prepararse una taza de té.

---

<sup>6</sup> Los radiotelescopios funcionan las 24 horas del día, ya que no es necesario esperar la noche para ver las estrellas. Aunque, literalmente, los astrónomos o radioastrónomos hacen fila para usarlos.

Las chicas se miraron con un gesto de complicidad y ambas miraron al radioastrónomo al mismo tiempo, entrecerrando los ojos en gesto de falso enojo. Las carcajadas inundaron la sala de estar.

—Y, ¿dónde está él? —preguntó el técnico especialista. Las chicas se miraron, esta vez con un gesto un poco más serio, y una de ellas contestó la pregunta:

—Allí está, en la sala de control, frente a las pantallas, con los audífonos puestos escuchando música. Él, simplemente, no descansa —dijo la radioastrónoma, con la voz algo cortada, mientras terminaba de masticar un trozo de barrita de cereal.

—Está bien que nos consideren raros; eso lo sabemos. Ja, ja, ja. Pero tenemos vida. Él, desde que llegó, no conversa con nadie y almuerza solo. ¿Cuánto lleva aquí?, ¿dos semanas, acaso? Casi vamos a terminar la rotación y solo sabemos su nombre —terminó de pronunciar el técnico, mientras retiraba la bolsa de té del agua hirviendo. El vapor salía de su taza que tenía el logo del observatorio radioastronómico.

—¿Y si lo invitamos a salir con nosotros? Es una excelente forma de conocer a las personas.

La radioastrónoma pronunciaba esas palabras mientras subía sus pies sobre el sillón, sosteniendo con ambas manos su taza de café, tratando de calentar sus manos. El técnico y la astrónoma se miraron entre sí con gesto de extrañeza y duda.

—¿Estás segura? Yo me abstendría. Puede que quizás no quiera salir. Ya vieron. Está encerrado prácticamente todo el día —replicó el hombre, con su taza de té ya preparada en sus manos.

—Sí, estoy segura. ¿Cómo es que nadie ha hecho el intento de conversar con él?

—¿No es la búsqueda de contacto por la que estamos aquí, acaso? ¿Por qué no empezamos por casa, chicos? Saben, yo hablaré con él. De todos modos, la salida ya está armada.

La radioastrónoma se levantó del sillón, dejó la taza de café aún humeante en uno de los arrimos que había en la salita de descanso, y dirigió sus pasos a la sala de control, mientras sus compañeros la miraban pasar por delante de ellos, algo perplejos, para después mirarse entre sí. Finalmente, ella entró a la sala donde estaba, pero él no la sintió entrar. Lo encontró sentado frente a las pantallas, muy concentrado, con sus fonos de estudio que le cubrían sus orejas, haciendo imposible saber qué música escuchaba. Se acercó por su espalda y, utilizando el índice de su mano derecha, tocó su hombro. Un pequeño espasmo de susto hizo que ella generará el mismo reflejo. Volteó su silla lentamente y la miró con ojos de sorpresa. Con su mano izquierda, movió uno de los fonos sacándolo de su oreja para prestarle atención.

—Hola, soy Sofía. Sé que apenas nos conocemos, pero con los demás pensábamos si te nos quieres unir a una salida al boulevard de la ciudad una vez terminada la rotación.

—¡Hola! Sí..., de verdad me encantaría. Disculpen si hablo poco o nada. Soy muy introverso; me cuesta hablar con las personas.

—No, descuida. ¿Quieres acompañarnos a la salita a tomar algo?

—¡Sí, claro! Soy Pedro, por cierto.

—Sí, ya lo sabíamos.

Él dejó sus fonos en la mesa. La pantalla permanecía encendida. Se levantó de su silla y la acompañó a la salita de estar. Mientras se alejaban, su conversación se perdía en la distancia. La pantalla, que solo registraba las ondas de radio de las estrellas

en forma de números, de pronto, empezó a registrar caracteres nuevos, nunca antes registrados, del tipo alfanumérico. Luego se encendió una alarma.

## EL VALOR DE UN RECUERDO

—¡Vamos!, anímese, es cosa de sentarse y ponerse cómodo, y pronto se sentirá mejor, se lo aseguramos —le dijo el técnico a Fernando.

Él aún estaba dudoso de querer hacer el procedimiento, pero a aquellos que había conocido, y que se lo habían practicado, quedaban muy contentos y con una buena suma de dinero en sus bolsillos.

—Disculpe —preguntó Fernando—. ¿Hay posibilidad de solo extraer parte de la memoria?

—Imposible —le dijo el técnico—. La memoria va ligada a sucesos y personas particulares. Si extraemos una parte, como usted quiere, se pierde la esencia de la memoria y se vuelve inútil para nosotros. Es como hacer una tarta de fresas con sucedáneos de la fruta. Sabe casi igual, pero el cerebro distingue que es algo incompleto o que hay algo faltante con el *casi*. Esto es un producto por lo que los clientes no pagarían. En su caso, su recuerdo es muy bueno, uno de los mejores que he visto en mucho tiempo, aunque el final es algo escabroso, pero nada que no podamos arreglar con nuestros programadores. Dejamos las emociones más gratas por las que los clientes pagan. Además, entiendo que en su entrevista declaró no conservar relación alguna

con la persona. Pero, oiga, ¡vamos!, tendrá la paga de un año y no recordará a esa persona nunca más.

«No recordar a esa persona», se dijo a sí mismo Fernando, mientras miraba el sillón y el aparataje electrónico de la sala. «No recordar a esa persona», se repitió varias veces, hasta que se paró en frente del técnico y le dijo:

—¿Sabe qué?, no lo haré. Prefiero recordar; saber que fue real y que estuvo ahí con sus defectos y virtudes, a diferencia de sus clientes, que viven sus vidas planas y tienen que pagar para tener una emoción, ya que no pueden vivir con la suyas. A parte, quizás a cuantos más les ha dicho que era el mejor recuerdo que había visto...

En ese momento, Fernando se dio media vuelta ante la mirada atónita y sorprendida del técnico, y abrió la puerta de la sala, avanzando por el pasillo. Se dirigió al amplio hall principal de la clínica, hasta que las puertas se abrieron y, bañado por un sol luminoso, se perdió en la multitud de la calle.

## EL JUICIO

Para Pier Chang, fue un despertar agitado. No había podido conciliar el sueño apropiadamente durante muchos días desde que había llegado al recinto. El encierro, la ansiedad —no por sí mismo, sino por otros— y las cuatro paredes grises, lo estaban volviendo loco. Sin embargo, junto con la luz del alba, llegaba el día y, con él, el carcelero acercándose a su celda. Era el día del juicio.

El transporte hacia los tribunales apenas hacía ruido o se resentía frente a algún bache. Esto le hacía sentir mayor incomodidad, como si su sentencia estuviera dictada previamente. Desde luego, levitaba. Eran los lujos de la modernidad. Se detuvieron suavemente. La puerta se abrió y por ella se coló una intensa luz que lo cegó por un instante. Mientras se recuperaba, una mano surgió de ese haz y lo tiró bruscamente de los grilletes. Finalmente, salió del vehículo. Con la vista plenamente recuperada, pudo contemplar el palacio de tribunales. Era La Haya, con su hermosa arquitectura neorenacentista de principios del siglo XX. Nunca pensó que iba a llegar allí, menos en la condición en la que se encontraba.

Rápido, fue conducido por los pasillos a la gran sala potentemente alumbrada. Allí se encontraba el estrado, muy ilu-

minado para los medios de comunicación. «Este será un gran espectáculo», pensó Pier.

Los guardias lo llevaron al banquillo de los acusados y lo sentaron en el lugar que le correspondía. Tan pronto como ocurrió eso, los grilletes electrónicos se soltaron. El público asistente ya se encontraba en sus asientos; todos ellos con sistemas auditivos, que eran traductores para sus múltiples lenguas, las cuales delataban sus territorios de origen.

Se escuchaban murmullos mientras las miradas se centraban en él. Sintió un sudor frío acompañado de una incomodidad creciente, como si mil agujas se clavaran en su cuerpo. De repente, las voces se callaron y pasaron de ese murmullo, parecido al zumbar de las abejas, a un silencio sepulcral. Las puertas principales se abrieron, y un conjunto de personas, con ataviados trajes y pelucas a la antigua usanza, hacían su entrada, sentándose en sus respectivos asientos; uno a uno al lado del otro por sobre lo alto del banquillo de acusados, como para demostrar la omnipotencia y el poder que ostentaban sobre la vida y la libertad del acusado.

Desde allí abajo, lo observó. Desde la izquierda, se aproximó uno de los sujetos. Sus pasos retumbaban en la sala, antes ruidosa, y que ahora se sumergía en el más absoluto silencio.

El juez, que se encontraba al centro del grupo, empezó su alocución diciendo:

—Señores, estamos convocados aquí para iniciar el proceso de juicio de las Naciones Unidas contra Pier Chang por crímenes contra la humanidad.

En ese momento, Pier volvió a sentir las miradas como millones de agujas clavándose en su cuerpo. De repente, observó una figura que se acercaba al estrado donde él se encontraba: era

Judy Ramírez, fiscal y principal acusadora e investigadora de la ONU en crímenes concernientes a derechos humanos de alta complejidad. Se puso frente a él, lo miró con una cara fría y sin expresión, digna de un acusador —su rol—. Después, dirigió su vista al estrado donde se encontraban los jueces para empezar su exposición con los cargos con los que se acusaba a Pier.

Judi empezó su alocución así:

—La ciencia nos ha brindado la enorme capacidad de mejorar la salud de las personas. Si alguien de la edad oscura de este continente viera lo que somos capaces de hacer con nuestros enfermos, nos quemarían en la hoguera por brujería, por haber hecho pactos con algún ser mitológico o cualquier cosa similar que les pasara por la cabeza. Tenemos la capacidad de clonar órganos. Esto eliminó de raíz el problema de la escasez de donantes y los rechazos. La expectativa de vida promedio de nuestra especie llega hasta los 160 años. Hemos colonizado varios mundos, no solo en este sistema, sino en muchos más de los océanos estelares. Hemos llegado lejos; siempre a nuestro pulso, a nuestro sacrificio, y nunca como especie hemos pasado el límite que el acusado acaba de traspasar: la clonación total de un cuerpo humano, prohibido por varios de nuestros tratados intercoloniales. Y no solo eso, también, nuestro acusado afirma que «resucitó» a una persona, lo que a todas luces es imposible.

Mientras Judi seguía exponiendo la acusación, en el cielo del salón se empezaron a proyectar hologramas donde Pier pudo reconocer su laboratorio. Una de las imágenes hizo que se le apretara el corazón de golpe. Mostraban un tubo metálico con una ventanilla en la que se distinguía un rostro humano. La definición del holograma no permitía distinguir claramente los detalles del mismo. Era el mal llamado «clon», pensó.

Ningún abogado en el planeta quiso tomar su defensa, y los más abiertos y dispuestos a defender su caso, estaban a semanas de viaje en las colonias. Estaba solo; sabía que su detención y proceso habían sido extremadamente rápidos con tal de evitar esa posibilidad. Era una manera que tenía la Tierra de ejercer su hegemonía sobre las colonias que mostraban signos de independencia de la gran nación terrestre.

La investigadora principal había terminado de hacer sus descargos mientras, Pier, abstraído, intentaba dar con alguna solución a su falta de defensa. De pronto, volvió en sí para encontrarse sentado, presto a declarar su propia defensa.

—¿Cómo va a responder frente a los cargos que se le acusan?

—¿Qué? Perdón, ¿cómo dijo? —contestó rápidamente Pier.

—Que, ¿cuál va a ser su defensa frente a las acusaciones que se le imputan, señor Chang? —replicó la fiscal.

Otro momento tenso se apoderó de la sala. El mismo silencio sepulcral que anteriormente había reinado cuando el connotado hombre de ciencia había pasado a la parte protagónica del litigio.

Pier agachó la cabeza en un momento de reflexión y, emitiendo un leve suspiro, se incorporó dejando su banquillo de lado, sin alejarse de él, y apoyó las dos manos en el pasamanos del estrado. Todavía tenía la sensación de presión en sus muñecas debido a los grilletos electrónicos. Con un semblante tranquilo, digno de un catedrático de universidad, miró al público y al holograma, y comenzó con su defensa:

—Como dijo la fiscal, como especie hemos hecho progresos magníficos: hemos llegado al nivel de lograr colonizar nuevos mundos, pero en estos años nos hemos estancado bajo el falso

precepto autoimpuesto por una pseudomoralidad, trastocada infinitas veces por nuestros gobernantes, hasta impedir el avance del conocimiento. Esto ha generado esta suerte de «ofensiva contra las ciencias», y ha decantado en una fuga de cerebros hacia los mundos exteriores, en una huida de este neooscurantismo. El gran público ama la tecnología, ama ver sus hologramas en redes sociales y proyecciones futuristas de sus activos monetarios, pero no saben de dónde viene toda esta *magia*. Están adormecidos con dogmas de éxito y conquista, y con suerte entienden el funcionamiento de la computadora cuántica. Aquí radica el problema que me trajo a este estrado y la causa de los grilletes que me tienen privado de lo más trascendental para un hombre el día de hoy. Iré al grano. Las computadoras cuánticas pueden funcionar en varios estados a la vez, lo que permite, incluso, retroceder la flecha del tiempo de una manera virtual, por así decirlo. Por lo tanto, podemos viajar en el tiempo. Pero, ¿qué tipo de viaje? La respuesta es: de información. Podemos rescatar información del pasado. Con esto, pensé en nosotros, los humanos, como especie, y me hice la pregunta: ¿qué queda de nosotros cuando morimos? ¿Nada? Hasta hace un tiempo lo creí así, hasta que en un momento de epifanía lo comprendí. Comprendí que podía ganarle a la muerte.

Un fuerte y escandalizado murmullo llenó la sala. Luego empezaron las voces fuertes gritando: ¡Hereje!, ¡mentiroso! De a poco, fueron subiendo de tono las palabras, hasta que el golpe seco del martillo y un «¡orden en la sala!» las acalló.

Pier continuó su explicación:

—El ser humano, hasta cierta etapa de su vida, genera conexiones en su cerebro, tan únicas como su ADN, las que llama-

mos conectomas<sup>7</sup>. Este circuito eléctrico es único y almacena información y experiencias aprendidas, empezando desde que eres un niño hasta convertirte en uno de los genios más grandes, por ejemplo. Esto sucede hasta el momento del deceso. Nadie escapa de esta verdad: con la muerte la información se pierde para siempre. Todo su conocimiento, intelecto y sabiduría acumulada con los años se pierde en el infinito. Sin embargo, mediante las computadoras cuánticas, pude descubrir que esa información puede ser rescatada de manera virtual al retroceder la flecha temporal con ellas. El gran problema era reflejar esa información y hacerla útil para poder utilizarla en beneficio de todos. La mejor alternativa era utilizar el patrón original de donde provenía, básicamente usar el mismo cuerpo de donde había nacido el conectoma y descargar la información nuevamente. De allí, que el hecho de usar el término «clonar», por el cual se me acusa, es incorrecto, ya que un clon necesita la memoria almacenada de su par aún consciente. Eso sí, atenta contra las leyes terrestres de clonación. Yo no estoy copiando un ser que está vivo y consciente; estoy recreando su estructura corporal y rescatando la información cerebral de una persona fallecida, reinsertándola en su recipiente original. Dicho de una manera más simple: puedo traer las memorias intactas de cualquier persona sin importar su época con tan solo una muestra de ADN. Yo puedo revivir a los muertos.

Un silencio se apoderó de la sala. Luego hubo ruido, voces, gritos, la multitud tratando de abalanzarse sobre él, el martilleo incesante del jurado, y más ruido de los guardias.

Pier se encontraba sentado en el sillón, pensando, reflexionando, mientras miraba por la ventanilla el hermoso perfil que tenía la Tierra con sus nubes blancas y el azul de sus mares. «Se

---

7

Un conectoma es un mapa de las conexiones entre las neuronas del cerebro.

ve tan pacífico», pensó, mientras apoyaba su cabeza contra el respaldo de su sillón.

Estaba en órbita y preparándose para salir del planeta. Habían decidido expulsarlo y exiliarlo a uno de esos mundos libertinos, como los había definido uno de los jueces en la lectura de su sentencia en privado. El escándalo fue demasiado y el resultado de este no fue el deseado para el interés de la elite gobernante. Les jugó en contra; se abrió un debate a nivel planetario que escapaba del control del gobierno terrestre, y no querían hacer un mártir de este asunto. Así que destruyeron toda su investigación: la información, el laboratorio y a la persona que habían traído de vuelta a la vida. Para suerte del pobre desgraciado, no alcanzó a despertar. Su conciencia estaba descargada en el cuerpo, pero faltaba sacarlo del éxtasis para traer su conciencia al presente. Cuando ocurrió todo, simplemente lo criogenizaron hasta el punto de volver el cuerpo polvo por el frío. No sufrió, no había manera que se hubiese dado cuenta de lo que sucedió.

Esta última reflexión estaba en la mente de Pier cuando estaba acomodando su cabeza en el sillón, hasta que fue interrumpido por una voz:

—Señores pasajeros, por su comodidad, por favor, dirigirse a sus cámaras de éxtasis previamente designadas. Estamos iniciando los procedimientos para salto FTL<sup>8</sup>. Por su atención, gracias.

Para Pier, el sueño que tenía para el planeta Tierra había concluido. Comenzaba su sueño para la humanidad.

---

8 El término FTL (Faster Than Light o más rápido que la luz en español) es un concepto recurrente en series de TV de ciencia ficción.

## EL FORÁNEO

La amenaza se cernía galopante, casi fulgurante, desde los cielos, mientras ellos tenían agazapadas sus cabezas, leyendo despreocupados lo que le decían sus brillantes aparatos. Pero, la mecánica cósmica es caprichosa, y lo que estaba destinado a ser, no fue. Solo se convirtió en la noticia curiosa del día que aquellos despreocupados seres pudieron leer en sus curiosos aparatos.<sup>9</sup>

---

9 El viernes 13 de noviembre del 2020, el asteroide VT4 2020 pasó a una distancia de 400 kilómetros de la Tierra. Se convirtió en el asteroide que más cerca ha pasado por el planeta sin convertirse en un meteoro; nombre que adquiere cuando ingresa a la atmósfera. Se estima que aquel asteroide tiene entre cinco y diez metros de ancho: un tamaño aproximado a una casa pequeña. Desafortunadamente, el paso de este asteroide parece no haber dejado testigos. Como referencia, cabe destacar que la Estación Espacial Internacional orbita a unos 400 kilómetros de la Tierra; la distancia exacta a la que pasó el asteroide.

## DESIERTO

Un súbito temblor lo despertó en la madrugada. Miró, en medio de la claridad del alba, cómo las cosas en su dormitorio se movían de un lado a otro, y pensó por un segundo que la habitación se le caería en la cabeza. Pero tal cosa no ocurrió. Y así, como súbitamente empezó, terminó. Trató de conciliar el sueño, pero no pudo, así que se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Despabiló un momento y se levantó para realizar sus labores. Tiempo después de realizar sus deberes mundanos, se encontró caminando rumbo a su trabajo. Disfrutaba del entorno que proporcionaba la madrugada, debido a los bellos parques que rodeaban el camino. Estaba en eso, cuando algo llamó su atención. Era una bella ave: un colibrí<sup>10</sup>. Sus bellas alas, semitransparentes, aleteaban mientras hurgueteaba en una flor azul verdosa; flotaba tranquilamente, desafiando la gravedad. Mientras el ave llamaba su atención, la primera luz del alba se alzaba por las colinas, iluminándolas. Notó que se empezaba a hacer tarde para

---

10 En algún planeta extrasolar, podría ser posible encontrar animales similares a los que existen en la Tierra. Esto se conoce como evolución convergente, que ocurre cuando dos estructuras similares han evolucionado independientemente a partir de estructuras ancestrales distintas y por procesos de desarrollo muy diferentes. Un ejemplo clásico es la existencia de los ojos entre cefalópodos (calamares) y algunos vertebrados, aunque este ejemplo hoy se encuentra cuestionado.

llegar al trabajo y apuró el tranco. A pesar de la celeridad de sus pasos, tenía un andar grácil, ligero, en armonía con su entorno. El sol ya iluminaba su rostro; la luz revelaba la delicada estructura semitranslúcida de su piel, sus venas, la sangre de color verde. Siguió caminando hasta llegar al complejo de edificios amplios, altos, de color ocre rojizo y formas cilíndricas sin ventanas. Era el laboratorio donde trabajaba. Los pasillos formaban puentes entre salas que estaban llenas de enormes columnas. Dentro de ellas, en forma de cascada, fluían hacia abajo, iluminados en colores verdes fantasmagóricos, caracteres parecidos a letras, perfectamente enfilados. Mientras ocurría esto alrededor suyo, podía sentir sus propios pasos que hacían eco cuando se desplazaba por los pasillos hasta llegar a la sala central, que contenía una gigantesca columna iluminada con un pálido brillo de color verde blanquecino. En el centro de la misma, y al alrededor de esta, había un pasillo circular. Si uno se acercaba a la baranda, podía observar que la columna entraba en un agujero en el piso, que parecía extenderse infinitamente hacia abajo, perdiéndose hasta donde alcanzaba la vista. A su vez, había múltiples cajas que asemejaban paneles de control, conteniendo cristales, brillando en una multitud de colores. Estos eran los controles de la máquina.

—¿Cómo te tomó el remezón del suelo esta mañana? —le preguntó uno de los científicos.

—Me ha sacado de la cama. Por eso estoy aquí tan temprano —contestó él—. ¿Cómo estuvo el turno nocturno?

—Algo ajetreado. El temblor que sentiste, creemos, fue una leve variación de los cristales de la columna cuando enviamos los pulsos de prueba; aunque también pudo ser la actividad tectónica. No estaremos seguros hasta un par de ciclos más.

—O sea, no tienen idea...

—Más o menos. De todos modos, el sistema estará en línea hoy.

—Pues bien —dijo con una postura muy segura de lo que iba a decir—, hoy, después de activar la máquina, deberíamos tener la capacidad de poder estabilizar el núcleo y poder controlar la actividad tectónica.

—Así es —replicó su colega.

Al despuntar el día, junto con los primeros rayos de sol, había llegado todo el personal del laboratorio. El Consejo de Ciencias y las más altas autoridades de gobierno estaban reunidos en la gran sala de la columna, atentos y dispuestos, alrededor de la gran máquina que se enterraba en el suelo, cuyo apéndice descendía por aquel abismo que se había hecho en el centro de la sala, y se perdía en el infinito de las entrañas de la tierra.

—Mediante esta solemne ceremonia, encenderemos de manera oficial esta máquina con la que podremos controlar la incesante inestabilidad tectónica que nos ha acosado estas últimas rotaciones, y nos ha impedido el progreso y diezmado a tantos de nuestros ciudadanos —terminaba de pronunciar, a manera de discurso inaugural frente a las autoridades presentes, el director del Consejo de Ciencias.

Con estas últimas palabras, el equipo de científicos procedió a mover los cristales luminosos de las cajas alrededor de la columna. Por un momento, el brillo de los cristales, con múltiples colores titilando de forma intermitente, se interrumpió y brillaron al unísono, en color ámbar; luego, un brillo de color verde fosforescente en la columna inundó toda la sala. Empezó a desplazarse desde el inicio de la misma, hacia abajo, en forma de anillo envolvente alrededor de esta, que había adquirido un brillo verde fantasmagórico. La luz empezó a descender, iluminando las paredes que rodeaban la columna, hasta que el brillo solo se hizo un punto al final del horizonte, formado entre la columna y las paredes que la rodeaban en el suelo.

Horas más tarde, caminando por la avenida de aquella ribera, cuya orilla opuesta no alcanzaba la vista y no se confundía con el océano solamente debido a las luces de las ciudades aledañas al otro lado del río, miraba el paisaje, mientras una de sus dos lunas ascendía rápidamente en el firmamento. Pensaba en el experimento acaecido durante el día; razonaba todos los cálculos, pero, aun así, había una inseguridad que lo molestaba. Aunque habían podido controlar la actividad tectónica del planeta, aún seguían ocurriendo temblores que solo detectaban los sismógrafos. Estaba tan absorto en sus pensamientos que sin darse cuenta ya estaba en el frontis de su hogar. Salió de sí mismo y miró el umbral. «Ni modo, a descansar», pensó.

Era de madrugada cuando súbitamente despertó. Esta vez no era un temblor, sino un fuerte estruendo; el más grande que haya escuchado en su vida. Salió rápidamente al antejardín de su casa y miró. Vio, de pronto, que una parte del horizonte nocturno se iluminaba con un tono rojizo, como el momento previo al amanecer, pero era de madrugada y aún faltaba mucho tiempo para el alba. El sonido empezó a disminuir junto con el brillo. Se pudo distinguir cómo se elevaba una columna de humo en forma de hongo iluminada en tonos rojizos desde abajo, y rayos que le daban una monstruosa forma. Era signo ineludible de la erupción de un volcán. De inmediato, entendió que sus cálculos habían fallado y que la máquina no estaba funcionando como esperaban.

Un momento después ya se encontraba caminando rumbo a las instalaciones del Instituto de Ciencias, donde investigaba y estaba el ingenio. Su caminar ya no era armónico. Tenía un sentimiento similar a la angustia que le oprimía el pecho; un mal presentimiento. Sin darse cuenta, ya se encontraba en la calzada

del parque, que era parte del trayecto diario a su trabajo. De repente, sintió un ruido, la agitación de las ramas de los árboles, hasta que empezaron a caer pequeños bultos luminosos que no pudo distinguir debido a la oscuridad de la noche y la poca iluminación del parque. Su curiosidad pudo más, y decidió desviarse de su ruta. Entró a los jardines, y vio uno de los bultos luminosos próximo a él. Lo observó, quedó perplejo y lo recogió con ambas manos: era uno de los colibrís. Mientras lo sostenía con las palmas abiertas, pudo observar cómo empezó a perder su bioluminiscencia. Había muerto. De golpe, entendió lo que estaba pasando. Dejó al ave, ya sin vida, en el suelo, con un amor casi maternal, y corrió lo más rápido que pudo hasta llegar al pórtico del laboratorio. Entre los murmullos, se encontraban sus colegas que habían llegado antes que él, junto con los demás del turno nocturno.

—¿Qué sucede?

—Es la máquina. Ella está provocando todo esto; nos equivocamos en los cálculos.

—¿El volcán?

—El volcán es solo el inicio. Quedó en un punto caliente.

Va a crecer y no se va a detener la erupción hasta...

—¿Hasta? ¿Hasta qué? —preguntó él.

—Hasta que se apague el núcleo. Hemos dejado fijas las placas tectónicas en nuestro esfuerzo por detener los temblores, hemos detenido el núcleo, hemos matado al planeta —le dijo consternado uno de los científicos del equipo.

—¿Cuánto nos queda?

—No lo sabemos: ciclos, rotaciones; ya se empezaron a notar los primeros efectos.

Quedó absorto. Hubo un momento de pánico, y luego resignación. Su mal presentimiento se había hecho realidad.

Mientras miraba al cielo, las estrellas empezaron a ser cubiertas por cortinas de luz. Se empezaban a formar las primeras auroras boreales en el cielo. Era la primera vez que podía verse ese fenómeno en latitudes tan bajas, cercanas a la unión de los hemisferios del planeta.

\*

Acaba de amanecer. Es un día gélido de -50 grados bajo cero. El viento genera sonido y levanta polvos propios del desierto. Un sonido interrumpe la naturaleza inhóspita, un chirrido mecánico-eléctrico. Es un brazo robótico que, en su extremo, sostiene un aparato que está siendo depositado sobre el suelo viejo y oxidado, el lecho seco de un río muerto hace eones. El aparato es una sonda robotizada de una agencia de exploración espacial que, afanosamente y tras meses de viaje, pusieron en la superficie de esa antigua tierra. Está tan lejos de su mundo natal que no volverá jamás a ver a sus creadores, en el planeta Marte. La sonda sigue efectuando su trabajo pulcramente, regida por las rutinas y algoritmos escritos hace meses por sus terrestres constructores. El brazo posiciona el dispositivo sobre el lecho, y este automáticamente extiende unas probetas que, a modo de taladro, se entierran en el suelo. Son sismógrafos interplanetarios, que, enviando sus primeras señales, recibidas casi media hora después en la Tierra, registraron el primer martemoto<sup>11</sup>, detectado por sus vecinos terrestres en el rojizo cuarto planeta.<sup>12</sup>

---

11 Entre 2018 y mayo del 2022, la misión InSight, de la Administración Nacional de Aeronáutica y Espacio (NASA, por sus siglas en inglés), detectó alrededor de 1313 sismos en el planeta Marte.

12 Marte posee el volcán más grande del sistema solar: el monte Olimpo.

## SUEÑO TEMPORAL

Se despertó como todos los días para ir a trabajar. La madrugada apremiaba ya que tenía que estar en camino antes de la salida del sol; si no era así, simplemente, pagaría muy caro las consecuencias de llegar tarde.

Se encontraba caminando por las calles derruidas de la vieja ciudad: edificios viejos atacados por la lluvia ácida y la polución propia de la anciana urbe, veredas recubiertas de papeles, aceites industriales y muchos tipos de basura que ya nadie se preocupaba de limpiar. Avanzaba en medio de la oscuridad; solo se sentían sus pasos. Seguía caminando, y miraba el suelo. Una llovizna había caído en la noche, resaltando los grises de la metrópoli. Las manchas de aceite, diluidas con el agua de lluvia, formaban flores que brillaban como el espectro del arcoíris al ser tocadas por las luces de los reflectores de la calle, tenues e irrisorias copias de las reales, de aquellas que ya no se veían hace mucho tiempo. Seguía avanzando. No se sentía un solo sonido natural; únicamente sonidos metálicos y ruido. Cualquier rastro de vida que no fuese humana, había huido hace mucho tiempo de esos parajes.

Sus pasos lo habían llevado a la estación de espera. Seguía reinando el silencio, y el frío había empezado a calar en su cuerpo. Justo en ese momento, llegó el transporte y lo abordó. Se

agarró de la manilla, mirando el rostro de las demás personas que lo rodeaban; rostros inexpresivos y fríos. No se podía saber si era cansancio o desgano, pero todos languidecían mientras el transporte seguía su ruta. De tanto en tanto, se detenía y subían más personas. El tiempo pasaba mientras se movían, algunas veces con un vaivén más brusco de la cuenta, al pasar algún bache del camino. En un punto, el transporte empezó a disminuir su velocidad hasta llegar a la estación que le correspondía. Sonó una voz automática por los altoparlantes que pronunció: «Estación Azores». Descendió al abrirse las puertas automáticas, y el gris pavimento chocó con sus zapatos. La lúgubre penumbra había dado paso al sol. Comenzaba a amanecer. Su brillo era rojizo con bordes perfectamente definidos. No era un amanecer normal, era rojo por el smog acumulado de las fábricas que las veinticuatro horas expedían sus vapores nocivos en el aire. Esto hacía que el cielo tuviera ese aspecto casi marciano. Finalmente, había llegado a la fábrica. Había filas para la entrada, y se colocó en una de ellas. Se repetía el mismo silencio y las actitudes de las personas con las que viajó en el transporte. Llegó su turno y puso su huella en la máquina de entrada. Una luz verdosa, en forma de barra, recorrió el cristal donde se apoyaba su pulgar; sintió un sonido y el torniquete se liberó. Prosiguió su camino al área de los casilleros donde se cambió de ropa. De pronto, se vio a sí mismo en la línea de producción completando el delicado proceso de colocar las baterías de fusión fría en las máquinas. Sintió uno de sus dedos resbalar y la batería que estaba ensamblando cayó al suelo y explotó. Su onda expansiva lo arrojó a la pared sacudiendo violentamente su cuerpo contra ella. El recinto quedó lleno de humo; se sentían los tosidos y los quejidos de las demás personas. Se escuchó un caminar con pisadas y sonidos de engranajes me-

tálicos. Aún estaba tratando de reponerse, con la espalda contra la pared y las piernas abiertas en el suelo, cuando, entre medio del humo, pudo observar surgir una mano metálica que lo cogió del cuello. Empezó a sentir dolor y que su respiración se cortaba. Del humo surgió un rostro cromado, con unos sensores que brillaban azules haciendo de ojos. Mientras contemplaba ese rostro metálico, sintió que la mano metálica lo alzaba y que sus pies se despegaban del suelo. Sentía cada vez más dolor y le costaba cada vez más respirar. Sintió que esa mano lo arrastraba y acercaba a su rostro. Se miraron frente a frente. Una voz metálica y una línea de luz blanca le dijo:

—Humano THX11138, has interrumpido la cadena de producción. Error no permitido. Se procederá a su exterminación.

Ahora lo comprendía todo. No eran humanos quienes estaban en los grandes cargos y el gobierno. Eran máquinas. No fue una guerra, fue una conquista sistemática; fueron asumiendo roles cada vez más importantes gracias a su inteligencia artificial, hasta llegar a controlar todo aspecto de la vida cotidiana. Cuando la humanidad se dio cuenta, ya era tarde, ellas tenían el mando.

La máquina lo acercó a su rostro, lo miró con sus potentes ojos azules y empezó a gritar:

—¡Pablo!... ¡Pablo!... ¡Pablo! A tomar desayuno.

Pablo se despertó de golpe, sentándose sobre su cama. Estaba sudando frío y respirando agitado. Miró cómo la luz se colaba en su cama, se incorporó y abrió las cortinas. Estaba en casa, en el campo. Sus verdes colores, y un sol de amanecida, adornaban el fuerte y despejado azul del cielo. Era una estupenda mañana de verano.

—¡Pablo!, ¿vas a bajar? ¡El desayuno se enfría!

—¡Voy mamá! —replicó.

Pablo tomó su ropa y se vistió. Descendió las escaleras y llegó a la cocina.

—¿Y esa cara? Parece que hubieras visto un fantasma —preguntó su madre, mientras le servía una taza de té.

Solo tuve una pesadilla. Ya sabes, algo de televisión y el trasnoche por el trabajo.

—Te refieres a ese trabajo en la universidad, ¿cómo lo llamas?, salto cuan...

—Salto cuántico, mamá. Sí, hemos estado haciendo experimentos, tratando de ver variables temporales, básicamente tratamos de ver el fu...

—No me digas más, hijo, que realmente no entiendo nada cuando tratas de explicar lo que haces en la universidad. Me basta con que te guste y te paguen bien por ello. Eres inteligente y te lo mereces.

La madre de Pablo encendió la televisión. Estaban transmitiendo el informativo matutino, que, junto a unas imágenes, comentaba lo siguiente: «La computadora cuántica<sup>13</sup> DeepStar empezó a interactuar con los sistemas bancarios, aprovechando su inteligencia artificial (o IA), que supera la capacidad de un humano promedio, en un esfuerzo por reducir las fuertes variaciones de las bolsas alrededor del mundo que han generado problemas monetarios e inestabilidad financiera», comentó el diseñador y presidente de la empresa que creó a la supercomputadora.

Un fuerte escalofrío recorrió la espalda de Pablo en ese momento. Recordó que, hacía un par de noches en el labora-

---

13 La computación cuántica representa un nuevo paradigma, ya que puede operar en dos estados simultáneos, 0 y 1, llamados cúbits, en lugar de los bits clásicos que solo pueden realizar una operación a la vez, siendo 0 o 1.

torio, parte del experimento se salió de control y, junto con sus compañeros, fueron iluminados por el haz cuántico un par de segundos, sin aparentes consecuencias; pero, durante las semanas posteriores, comentaron que tuvieron pesadillas con máquinas y otras cosas. Simplemente, lo había pasado por alto hasta ahora, hasta anoche...

## ARRIEROS

Juan Velasco y Pedro Mardones estaban sentados alrededor de la fogata junto a sus perros, calentándose en una fría noche en el páramo, acompañados del balitar de las ovejas y el bufido de sus caballos. Estaban preparando algunas raciones de comida porque el día había sido particularmente largo. Cuando, de repente, los animales se alteraron y sintieron un rugido a lo lejos. Se pusieron de pie bajo las dos lunas crecientes que iluminaban claramente los matorrales y cogieron sus boleadoras para defenderse. Había llegado el momento...

\*

Juan y Pedro vienen de lo que alguna vez fueron los territorios de Chile y Argentina, en lo que ahora es la Administración Territorial Sudamericana de la Confederación Sistema Solar. Provenían de lo que solía llamarse «la Patagonia», por parte de los lugareños. Sus familias tienen fuertes tradiciones ganaderas, por lo que llevaban la cría de ovejas en la sangre. Sin embargo, la Tierra ya no proporcionaba un buen lugar para la crianza de calidad del ganado por los exigentes gustos terrestres. Y no, no era por la carne. La replicación mediante edición genética y

clonación de tejidos<sup>14</sup> había sustituido hace mucho la cría para consumo humano. Solo bastaba una célula animal para obtener cuanto alimento se quisiera. Pero la lana era un asunto distinto. Se podría replicar, sí; pero nada supera la calidad de lo no sintético, según los parámetros terrestres. Y nada supera la calidad de las lanas provenientes del planeta Helvetios IV.

El planeta en sí no era nada en especial. Uno de los cuantos exoplanetas descubiertos desde finales del siglo XX y comienzos del XXI, alrededor de una estrella como nuestro sol (tipo G). Era la atmósfera la que contenía algo que aún no había podido ser explicado por los científicos, y hacía que la cría para lana de ganado ovino fuera particularmente exitosa, haciéndola de una calidad superior, incluso a la de la Tierra pretérita del siglo XX, antes de los cambios climáticos.

Pero a Juan y a Pedro todos estos datos no les importaban. Solo sabían que la paga era buena y que detestaban la resaca por el sueño inducido en la criostasis, al igual que sus caballos y perros. Sin embargo, era la forma más barata de viajar entre colonias y sistemas, sin tener que perder meses en necesidades biológicas y sufrir la angustia provocada por los peligros inherentes del viaje interestelar. Al final, todo esto valía la pena solo por ver un símil de la Tierra de sus abuelos, aunque la vida de este mundo fuese totalmente extraterrestre, exceptuando por las ovejas.

Una vez recuperados del aturdimiento de la criostasis, Juan y Pedro, junto con sus animales, tomaron el transporte que los llevaría a la estancia donde prestarían servicio. El lugar donde comenzaban su viaje hacia el interior del planeta, el puerto espacial, junto con el poblado adyacente, habitado mayormente por

---

14 Desde hace un par de años, se están realizando pruebas con la clonación de tejido celular animal para producir carne sintética.

funcionarios de puerto, comerciantes, un pequeño recinto médico y una estación científica, es quizás el único signo de modernidad y tecnología. Simplemente no había más intereses comerciales allí. Había minerales, es cierto; y otros materiales útiles, pero no en una concentración suficiente para justificar una operación comercial de proporciones como en otros mundos. Solo había ovejas, millones de ellas, junto con los animales del planeta nativos e inofensivos, en su mayoría.

Pedro y Juan tomaron el transporte, una especie de camión que levitaba a medio metro sobre el suelo, a distancia constante. Había suficiente espacio para sus caballos y perros. No eran los primeros arrieros en llegar con sus animales ni los primeros con el que trataba el estanciero, por lo que sabía las necesidades de estos al llegar al puerto espacial. Este era el primer vehículo hacia la estancia que estaba cubierta por el transporte. El camión levitante recorrió los trescientos kilómetros de camino hacia la estancia, vadeando sin problemas ríos y obstáculos, lo que a un vehículo de tracción le hubiese tomado horas.

Pedro y Juan se presentaron al estanciero para recibir sus instrucciones. Él sabía que era la primera vez que los arrieros estaban en el planeta, aunque eso no significaba que no tuvieran experiencia con los animales, por lo que, al presentarse, una vez descargados sus animales y bultos, los instruyó respecto a la cantidad de ovejas que tendrían que salir a buscar. Diez mil ovejas dispersadas en el sector número 445 del planeta. Esta era la última información del satélite, de los pocos que orbitaban el planeta, dejadas por las primeras expediciones y que administraba la estación científica de Helvetios IV<sup>15</sup>. También, les informó

---

15 Helvetios, anteriormente conocida como 51 Pegasi, es una estrella de tipo solar situada en la constelación de Pegaso, a 50,1 años luz del sistema solar. Esta estrella posee el primer planeta extrasolar descubierto: Dimidio (conocido como 51 Pegasi b antes de 2015).

de las condiciones climáticas: vientos fuertes y temperaturas de 15 grados promedio, no muy diferente de las temperaturas promedio de los hemisferios sur y norte del planeta Tierra en verano.

A Pedro y Juan solo les interesaba el dato de la cantidad de ovejas y el lugar donde tenían que llegar. Para el resto, confiaban en sus animales y sus instintos de guía. Una vez recibida la información, se fueron a dormir. A la mañana siguiente les esperaba una jornada larga y agotadora.

El alba partió fría. El sol apenas calentaba y tenía un color amarillento tendiendo al rojo. El vaho salía de las bocas, tanto de los arrieros como de los animales. Los arrieros terminaron de poner las monturas en sus caballos y procedieron a cabalgar. A los quince minutos se encontraban en camino, acompañados de sus perros que, felices, corrían tras ellos. El día avanzaba y ellos también. Pedro y Juan se encontraron con un paisaje extrañamente familiar: la orografía era muy similar a la de su Patagonia querida, solo que más verde. La mano del hombre todavía no había pasado factura al planeta, como sí había hecho con la Tierra. Si no fuese por las blanquecinas siluetas, matizadas con el cielo azul de las dos lunas que adornan el firmamento, cubiertas, ocasionalmente, por alguna nube, hubiesen creído que estaban en su tierra natal.

El día pasaba y los caballos recorrían las llanuras de Helvetios IV, subiendo colinas, siendo golpeados todo el tiempo en sus rostros por el viento, frío e impercedero, que azotaba esos lares. Así llegó la primera noche. Habían encontrado un grupo de rocas grandes que le servía para guarecerse del viento, y ese fue su refugio durante la primera noche. Muchas de las cosas que llevaban puestas no habían cambiado desde el siglo XX. Quizás eran anticuadas para los estándares del mundo en el que ellos vivían,

pero había una cosa moderna que sí habían adoptado sin chistar: una cocinilla cuya flama era inextinguible bajo toda condición climática. No había viento o nieve que la apagara, a menos que ellos quisieran, apretando el botón apropiado. Aparte de la cocinilla, adoptaron de la modernidad las raciones deshidratadas, ya que restaban peso a sus alforjas y alivianaban la carga de sus queridos corceles. Estaban en eso cuando sus caballos se alteraron y sus perros empezaron a gruñir. Juan se levantó y pudo observar de refilo el reflejo de unos ojos rojos que los estaba observando. Juan se movió unos milímetros e inmediatamente la entidad huyó, perdiéndose en la oscuridad. En ese momento sus animales se tranquilizaron.

Así fueron pasando los días con sus noches. Todos los días ocurría la misma rutina: cabalgar de día y el acecho de la criatura de noche. Juan y Pedro sabían que algún animal los seguía, pero no les había dado motivo para hacer algo en su contra. No había ninguna agresión a la que responder, por lo que prosiguieron su camino.

Siguieron así hasta el décimo día, cuando pudieron divisar a lo lejos, en la llanura verde, una hondonada de suave pendiente, y en el centro de ella, un manchón blanco que parecía moverse suavemente. Pedro y Juan se detuvieron a observar, pero sus perros no. Apenas divisaron el manchón, los cinco animales aceleraron el paso hasta correr hacia él con desesperación. Se empezó a sentir el balitar de los animales a la distancia mientras el manchón se empezó a transformar en círculo. Pedro y Juan se miraron, rieron y volvieron la cabeza hacia sus corceles. Los agitaron un poco con las riendas para que se movieran y empezaron a cabalgar lentamente hacia el rebaño: habían encontrado las ovejas del sector.

Sus perros habían hecho el trabajo más pesado. Al llegar, el piño ya estaba arrejuntado, por lo que procedieron a buscar en los alrededores alguna oveja descarriada. Lo que encontraron los perturbó un poco: el resto de un par de ovejas muertas hace un par de meses. Sus huesos habían sido brutalmente desgarrados. Lo notaron por la huellas extremadamente profundas que había en ellos. Juan y Pedro nunca habían visto algo así. Los pumas se habían casi extinto en la Tierra por lo que los ataques a ovejas eran prácticamente nulos. El último se había visto hace casi cien años, así que para ellos era prácticamente una novedad. Prestaron atención con curiosidad un buen rato hasta entender totalmente la forma en que había atacado el predador. Luego de eso, fueron en busca del rebaño montando sus caballos.

Pronto se hizo de noche. Pedro y Juan encendieron una fogata. Habían empezado a cocinar sus raciones de comida, porque el día había sido particularmente largo. Cuando, de improviso, los animales se alteraron y sintieron un rugido a lo lejos. Se pusieron de pie bajo las dos lunas crecientes que iluminaban claramente los matorrales y cogieron sus boleadoras para defenderse. Había llegado el momento.

Las ovejas de pronto se callaron y los perros empezaron a gruñir, hasta que surgió una sombra negra de ojos rojos que se abalanzó sobre una de ellas, llevándosela en la oscuridad. Fue tan rápido, que los perros ni siquiera habían alcanzado a reaccionar. Entre los animales cundió el pánico; los caballos empezaron a relinchar y el piño a balitar desesperadamente. De pronto, la sombra nuevamente atacó y se llevó a otra. Esta vez los perros actuaron, pero de una patada, la bestia lanzó a uno de los canes a tres metros de distancia. Sin siquiera darse vuelta a mirarlo, el perro se levantó aturdido y cojeando, haciendo que sus compa-

ñeros tomaran distancia, lo que permitió que la bestia se ocultara nuevamente en la oscuridad, lejos de la fogata. Esta vez, Juan y Pedro actuaron y empezaron a hacer girar sus boleadoras para impedir una posible nueva embestida. No se equivocaron. Entre el ruido de los desesperados animales y en la penumbra, pudieron distinguir su movimiento y los ojos rojos que lo delataban. Pedro y Juan lanzaron instintivamente sus boleadoras a ese punto en el preciso instante en que la bestia se encontraba en el aire, abalanzándose sobre una de sus víctimas. Ambas boleadoras envolvieron ágilmente, y en movimientos circulares, el cuerpo del animal junto con las extremidades, truncando de esta forma sus movimientos. El grácil movimiento que tenía, se volvió torpe y soso, hasta que cayó como plomo al suelo, dando tumbos por la energía residual que conservaba del salto. Una polvareda se levantó mientras Pedro y Juan se dirigieron al encuentro del animal. A medida que se acercaban, el polvo se disipó revelando las formas del animal. Tenía aspecto felino, pero era totalmente extraterrestre. Su cuerpo, largo y musculoso, era de color negro, con piel cartilaginosa y brillante. Sobre su espalda tenía placas similares a las de un rinoceronte, que compartían el mismo aspecto que el resto de su cuerpo. Los arrieros miraban con curiosidad a la bestia, que resultó ser un león de Helvetios, una de las pocas especies mayores del planeta, de las cuales no habían visto ninguna en su trayecto hacia el encuentro del rebaño. De hecho, esta era la primera vez que veían criaturas del planeta. El dueño de la estancia les había hecho una instrucción de los animales nativos del planeta, pero ellos habían hecho caso omiso a esa conversación porque era muy raro encontrarse con animales autóctonos allí, y lo sabían.

¿Qué hacemos con él?, se preguntaban mientras lo miraban. El león les devolvía la mirada con sus ojos rojos, emitiendo maullidos y tratando de liberarse infructuosamente de sus ataduras. No era normal que un animal de Helvetios acechara a las ovejas. Podían ser parte de su cadena trófica, pero por lo general las ignoran y prefieren a sus presas habituales: las vacas helvéticas, animales muy distantes de las terrestres, llamadas así por su aspecto gordo y su alimentación a base de pasto, pero nada más. Hasta allí sus similitudes con las terrestres. ¿Por qué atacar a las ovejas?

El alba se encontraba próxima, y ambos estaban dispuestos a resolver esas interrogantes. Montaron sus caballos y siguieron el rastro dejado por el león. Cabalgaron no muy lejos, siguiendo las huellas, hasta que divisaron algo en una hondonada del terreno. Pedro sacó un pequeño catalejo de uno de los bolsillos de su chaqueta, convenientemente cubierta por su grueso poncho, y observó algo que lo dejó sorprendido. Le pasó el catalejo a Juan, y este también arqueó las cejas. Ya sabían lo que tenía que hacer.

Con el sol arriba, Pedro y Juan miraban a la criatura. Esta seguía emitiendo gruñidos, aunque esta vez más lastimosos. Sus ojos de color rubí estaban semicerrados. Se notaba que era un animal de hábitos nocturnos, y que estaba débil de tanto tratar de luchar contra las amarras. En ese momento, Pedro sacó una navaja escondida debajo de su poncho y se acercó al pobre animal, que gemía en un notorio gesto de miedo y agonía. Pedro se acercó y miró los ojos del león. Se podía percibir que el animal sentía que esos eran sus últimos momentos. Cuando Pedro deslizó rápidamente la navaja, el animal cerró los ojos. Volvió a abrir los ojos y vio que estaba liberado de las amarras de las boleadoras. Se puso en pie, aún débil, y se echó a correr. Los perros empeza-

ron a perseguirlo, pero se detuvieron en seco por un silbido de uno de los arrieros.

A Pedro le dolió un poco haber tenido que cortar sus preciadas boleadoras, pero sabía que había sido por una buena causa. Lo que habían divisado les había hecho entender que no era un león lo que habían capturado. Era una leona. Estaba haciendo simplemente lo que cualquier madre haría: alimentar a sus crías. Sabían que, con haberla capturado y haberla cansado y asustado, ella y sus crías no volverían a acercarse al rebaño al menos por un tiempo. También tendrían algo que contarle al personal a cargo del estudio del comportamiento de la fauna de Helvetios. Aquellos aburridos científicos, que estaban asignados a la estación científica del planeta, se sentirían muy contentos.

Después de siete días de arreo, Pedro y Juan llegaban a la estancia donde el piño fue prolijamente esquilado. Informaron al estanciero y a los científicos de su hallazgo. El primero no le dio mucha importancia al hecho, pero los segundos anotaron en sus pantallas, ansiosos, toda la narración de los arrieros.

Una vez recibido su pago, Pedro y Juan abordaron la misma nave en la que la preciada carga de lana de Helvetios se dirigiría de vuelta a la Tierra. Al llegar, contarían sus anécdotas en aquel planeta tan parecido a la Patagonia, hasta la próxima temporada.

## EL MONSTRUO DE FLATWOODS

Niños y adultos corrían desesperados a través de la hojarasca del otoño en el atardecer de Virginia Occidental. El palpitar de sus latidos se aceleraba aún más por la angustia generada por los gritos del grupo. Se alejaban de aquel alto y extraño ser, que agitaba lo que podrían ser sus extremidades, algo parecido a garras o manos, mientras emitía extraños chillidos. Las personas huían de esos espeluznantes ojos rojos y de la gran cabeza coronada por un misterioso sombrero. Tras sus espaldas, el cielo del bosque brillaba con un extraño tono rojizo intermitente.

Minutos antes, la curiosidad había sido más poderosa y los había reunido a las afueras de la granja del viejo Fisher, tras ver deslizarse un objeto por el firmamento vespertino. Sus corazones, llenos de curiosidad, habían ido en busca de alguna respuesta, pensando que lo que verían sería algo digno de la magia de los cuentos de hadas; ahora, sus corazones y mentes solo contenían horror. Sentían que todas las historietas y las películas de invasores del espacio eran ciertas.

Horrorizados ante aquella figura que levitaba, no pudieron racionalizar nada. Se había apoderado de ellos el instinto reptiliano, el más ancestral y básico de todos: el miedo. Lo que vieron no era humano, era totalmente desconocido, y ante lo descono-

cido, solo podía aflorar el instinto de supervivencia: la acción de pelear o huir. Eligieron lo último.

Mientras los gritos se apaciguaban a medida que la multitud se acercaba al límite del bosque, llegando a la seguridad de los linderos de la granja, la figura humanoide los observaba, y en un gesto extrañamente humano, agachó lo que era su cabeza, dio la media vuelta y, flotando, se fue en dirección de la luz roja palpitante. Al llegar, estaba su nave en forma de disco plateado. Su cúpula emitía una luz roja que iluminaba toda la zona. Junto con la nave había dos figuras, aún mayores en tamaño y con las mismas características, mirándolo regresar.

—¿Qué pasó hijo? ¿Qué fue todo ese alboroto que escuchamos a la distancia? —preguntó una de las criaturas en un sonido indefinible.

En un tono triste, y emitiendo sonidos incomprensibles para los humanos, el humanoide le dijo:

—Mamá, me encontré con los animales nativos del planeta. Traté de explicarles que necesitábamos algo de agua para poder hacer funcionar el motor de fusión de la nave, y que estábamos atascados acá. Me vieron y salieron corriendo y chillando. Juro que me acerqué lo más calmado que pude.

—Hijo —contestó en un tono condescendiente la madre—, sabes que por más que les expliques, no te entenderán. Son animales muy primitivos. Solo los asustaste, pero fue un buen intento. Tu papá ya encendió la baliza para que el servicio de asistencia venga y nos ayude a reparar la nave y seguir nuestro viaje de vacaciones. Le dije que revisara la nave antes de que saliéramos, pero sabes cómo es.

A lo lejos se escuchó el refunfuñar del padre. Este solo sacó su cabeza de dentro de uno de los paneles de la nave, los miró,

volvió su cabeza al panel donde estaba trabajando y siguió refunfuñando.

Posteriormente, y casi en la noche, llegó otro platillo aún más grande y se posó sobre el que se encontraba en el bosque de Flatwoods<sup>16</sup>. Levantó con un haz de luz, sigilosamente, a la nave en apuros, y partieron ambas hacia la oscuridad del cielo. En una de ellas iba la familia cuyas vacaciones se habían visto algo alteradas por una trivialidad. Mientras tanto, en la Tierra, en el lugar del incidente, llegó la gente nuevamente, pero esta vez acompañados de agentes de seguridad con luces y armas, por si acaso. Solo encontraron un resto viscoso transparente, la única huella del desperfecto interestelar de una familia viajera rumbo a sus tan anheladas vacaciones.

---

16 El monstruo de Flatwoods forma parte del folclore OVNI de los Estados Unidos de América. Es una entidad que fue avistada en los bosques del condado de Braxton en Virginia Occidental en 1952.

## POLÍMATA

El hoverbus se mecía por el camino en medio de aquella noche tormentosa. Arriba de él, sus pasajeros iban en silencio, con sus cabezas gachas. El agua golpeaba el techo en un interminable tintinear. Los relámpagos iluminaban sus rostros y, luego, nuevamente oscuridad. Cuando se producía un flash, se podía ver lo que reflejaban sus caras por escasas milésimas de segundo: frustración, decepción y angustia. Sus manos, descansando entre las piernas, estaban unidas irremediamente por grilletes, con el indicador lumínico en color rojo, signo de estar asegurados. Los guardias estaban sentados en los extremos del transporte, mantenidos a distancia de los pasajeros por separadores de cristal ultra fuerte que dividían los habitáculos del bus y hacían la distinción de quién era pasajero y quién no, además de su ropa color naranja. Las barreras no solo eran de seguridad, eran también ideológicas; el único crimen que había cometido era el de pensar.

Los guardias acosaban jocosamente a los pasajeros a través del cristal con los altoparlantes, ya que los cristales impedían también que el sonido pasase de un habitáculo a otro. Para ellos, eran simples prisioneros.

—¿Por qué simplemente no pudieron quedarse callados?  
¿Simplemente no pueden evitar contestar? Con ustedes siempre

es lo mismo, y todos caen por lo mismo. Solo por creer conocer cosas que no le corresponden. Todos ustedes están acá por creer que son superiores al resto. Ja, ja, ja.

Mientras las mofas de los guardias continuaban, los pasajeros seguían con sus cabezas gachas, mirando hacia el piso del transporte. Aunque, de pronto, uno de ellos alzó su cabeza y empezó a mirar fijamente al cristal donde estaban los guardias. A pesar de la oscuridad, se podía distinguir la forma de su cabeza por sobre la del resto que aún seguía mirando sus grilletes. Si bien al principio los guardias no lo notaron, por el hecho de que la sección de guardias en el transporte era la única iluminada, opacando el habitáculo donde iban los detenidos, prontamente les llamó la atención, a lo que uno de los guardias dijo:

—¡Oigan!, miren qué tenemos aquí, un díscolo. Alguien que aún le queda «decencia».

Mientras decía esto, se percibía que el extraño seguía observándolos fijamente, sin pronunciar palabra. Los relámpagos de la tormenta se habían detenido en esos momentos. La lluvia seguía golpeando el techo del vehículo.

Tal actitud empezó a inquietar a los guardias de tal manera que desplegaron en el cristal separador la información del pasajero. La pared desplegó una fotografía y un número. La imagen se veía semitranslúcida, mientras uno de los guardias la observaba. Hecho este proceso, apoyó su mano en el cristal, la levantó un poco, a la vez que cerraba la palma de la mano, produciendo que la imagen proyectada se terminara.

—¡Prisionero 604! ¿Qué es lo que quiere? —dijo el guardia, exclamando fuertemente.

La respuesta del prisionero fue el silencio. Mantenía la mirada fija en ellos con persistencia, acechando la tranquilidad de

los guardias a través de la oscuridad. Fue tanta la desesperación generada que provocó que uno de los guardias se alterara, quien no resistió y, raudamente, cogió la macana de plasma y la encendió. Se prendieron en su extremo tres círculos, con una tenue luz azul en cada uno de los anillos, emitiendo un zumbido eléctrico. Apoyó su mano derecha en la pared translúcida, y esta deslizó una barra lumínica en forma horizontal de color rojo que recorrió toda la palma de su mano, leyendo la firma biométrica del guardia. Hecho esto, la luz se apagó en la pared transparente y una puerta apareció en esta. El guardia pasó a través de ella con la macana de plasma en su mano izquierda, traspasándola a la derecha. Con furia, se acercó al prisionero, alzó su mano antes de asestar el golpe, y se contuvo. El prisionero 604, sin inmutarse, lo miró y serenamente dijo:

—¿Fue tanta la desesperación o curiosidad por no saber qué ocurre en mi mente que tuvo que aventurarse al peligro, quiero decir, con nosotros, para destruir esa necesidad? ¿Primera vez que tiene ese sentimiento? ¿No saber?

El rostro del guardia palideció con la voz del prisionero. Sentía miedo y aversión por aquel sentimiento. Su mano bajó la macana de plasma y casi la deja caer, si no es por la amarra que la unía a su mano.

—Ustedes se han conformado solo con lo que se les ha enseñado; lo que el sistema quiere que sepan. Solo saber su función es lo correcto, y está bien. Por eso somos un peligro para ustedes. ¿Qué se sintió tener curiosidad por primera vez? Dime: ¿qué se siente tener ese vacío en la cabeza? El primer nullius in verba<sup>17</sup> que has sentido en tu vida.

---

17

Locución latina que significa «en la palabra de nadie».

—¡No!, ¡no!, ¡mientes! ¡Ustedes quieren destruir todo lo que hemos construido con esfuerzo! Ustedes y sus mentiras quieren destruir nuestra sociedad. Yo soy feliz con lo que soy. Para eso he nacido; es para lo que me prepararon.

—¿Y estás seguro de que era todo lo que querías ser? ¿Y no fue lo que el gobierno de la confederación quería que fueses?

El guardia, desmoronado ante tal declaración, alzó su macana sin energizar, y estaba dispuesto a dar el golpe cuando el prisionero 604 volvió a hablar:

—Me condenaron por ser ingeniero, leer libros de historia y gustar de las antigüedades. Les incomodó el no poder encaillarme en un solo rol o profesión predestinada en su perfecta sociedad hiperespecializada. En vez de eso, elegí saber de todo, porque el conocimiento es la llave de la libertad del hombre; lo que te han ocultado a ti y al gran público. No pude negar mi verdad y tampoco puedo negar mis principios, pero no estoy solo, aquí hay también psicólogos que gustaban de la electrónica, contadores que hacían óleos en sus tardes, en vez de pensar en las ganancias de las fábricas de la confederación que tanto proteges. Nos negamos a aceptar una única verdad por imposición cuando existen miles, y todas ellas válidas. Estamos aquí porque ganó la intolerancia. Ese germen corrupto y derruido que habita en algunos individuos que viven en una sociedad fraterna, y que nosotros, en nuestra inocencia, le permitimos germinar y nos terminó destruyendo, por haber sido tolerantes con los intolerantes. Finalmente, se apoderó de todo como la mala yerba.

El prisionero había terminado de decir eso cuando el hoverbus se remeció violentamente. Fue tal la brusquedad, que le hizo perder el equilibrio al guardia y cayó al piso. La levitación se cortó, y se sintió cómo la panza del vehículo tocaba el suelo.

Volcó sobre su costado. Por las ventanillas, se pudo ver una luz anaranjada que se levantaba detrás del bus. Había sido una explosión. Después de eso, todo se vino a negro.

De pronto, el guardia abrió los ojos y lo primero que vio fue al prisionero 604 de pie, observándolo nuevamente, pero esta vez sin grilletes. El prisionero dijo:

—Tranquilo, no te haremos daño. Tenías una herida, algo grave, en tu pierna. Contuve la hemorragia, pero no podrás moverte. Si lo haces, corres el riesgo de que se abra.

El guardia lo miraba, aún algo aturdido, y volteó la cabeza observando cómo los restos del hoverbus se empezaban a quemar. Miró nuevamente al prisionero.

Tu curiosidad te ha salvado. Tus compañeros están inconscientes por el impacto; también los sacamos de adentro, así que no te preocupes por ellos, preocúpate por ti. Te interrogarán, te perseguirán; no por el hecho de haber conversado conmigo, sino por el hecho de haber salido del adoctrinamiento que te impusieron. Eres libre, cuídate. Cuando lo decidas, sabrás cómo encontrarnos.

Dicho esto, el prisionero avanzó hacia unos matorrales cercanos mientras el guardia seguía observándolo desde el suelo. A lo lejos, sus compañeros lo esperaban. Siguió caminando en esa dirección y se perdió en la oscuridad de la noche para no volver jamás.

## ELLOS

La guerra había durado doce años, y ante sus ojos yacían los restos de la séptima flota de la Tierra Unida, quemándose en el oscuro espacio, cerca del cinturón de Orión. Al no haber atmósfera en el espacio que favoreciera las llamas, la única explicación para el fuego que se producía era el combustible y la munición almacenadas en la santabárbara de las naves. Propelente y armamento, los cuales no hubo tiempo de usar por lo súbito del encuentro, hacían que se sucedieran las explosiones en el vacío espacial a medida que el fuego alcanzaba los compartimentos en donde se guardaban esos elementos, listos para la batalla que nunca fue.

Los destellos iluminaban el puente de la nave donde el comandante yacía de pie, contemplando, a través del amplio cristal de la cubierta de mando, aquel dantesco espectáculo. El brillo de fondo de la nebulosa Cabeza de Caballo oficiaba de un hermoso telón para aquella petrificante muestra bélica. Él había sido enviado allí con la misión de buscar supervivientes, pero ya había visto suficiente. Fue a la silla del capitán y tomó asiento. Sabía que esas misiones eran solo parte del protocolo y que, por lo general, nunca había víctimas que rescatar. Por sus ojos habían pasado demasiadas batallas como para que el resultado de este

variara demasiado; y, si es que la había, darían por testimonio que fue tan rápido que no hubo tiempo de reaccionar.

¿Cómo habíamos llegado a esto? —se preguntaba, mientras su tripulación seguía escaneando los alrededores, buscando señales de vida entre los restos—. Nunca hemos visto su aspecto físico realmente. Solo sabía que en el primer contacto ellos dispararon, y que el capitán de la nave, en el incidente, reaccionó instintivamente, haciendo fuego con sus armas en modo de defensa. De allí en adelante, cada vez que ellos se encuentran con alguna de nuestras naves, los resultados son catastróficos para nosotros. Las batallas no se suceden con regularidad, a pesar de que siempre se ha estado a la búsqueda del enemigo. Estos son escurridizos, o es posible que eviten la confrontación. Aun así, su superioridad tecnológica es más que evidente. Realmente no tendrían problemas en exterminarnos, pero han prolongado esta guerra demasiado tiempo.

El comandante estaba todavía en su introspección cuando fue interrumpido por uno de los miembros de su tripulación.

—Comandante, no hay sobrevivientes. Hemos escaneado el primer campo de restos y no hemos encontrado signos de vida. Lo lamento.

El comandante miró al tripulante y asintió con la cabeza.

—Prosiga con el siguiente —instruyó al tripulante, mirándolo.

Mientras pronunciaba estas palabras, aquel lo miró, hizo el mismo gesto y volteó nuevamente su cabeza hacia la consola de pantallas y sensores, que era su puesto de trabajo.

El comandante, sentado en su silla, se recargó en ella, hundiéndose nuevamente en el respaldo y en sus pensamientos, llevando la mano izquierda hacia su mentón.

Habían pasado un par de días desde la batalla de la nebulosa Cabeza de Caballo, y el cinturón de Orión, junto con los restos de las naves, había quedado atrás. La fragata se dirigía hacia el encuentro de un gigantesco convoy de suministros para formar parte de la gigantesca flota de escolta que, en teoría, debería protegerlo de alguna agresión. Debían atravesar uno de los hombros de Orión por un pasaje conocido como la puerta de Tannhäuser para poder llegar hasta a las inmediaciones de la estrella supergigante roja Betelgeuse<sup>18</sup>. Era un movimiento peligroso, porque la gravedad de la estrella afectaba todos los aparatos y a la nave en sí, pero, necesario para acortar trayecto y ganar tiempo, ya que se habían quedado más de lo debido buscando sobrevivientes. El tiempo apremiaba en estos casos y el convoy no esperaba a nadie. Se había impuesto previamente un silencio de comunicaciones. Cualquier intento de contacto podía delatar la posición del convoy, y no solo poner en riesgo la carga, sino también a las tripulaciones involucradas.

Los destellos rápidos y blancos que pasaban por las retinas del capitán habían cesado y dejado de iluminar el puente de mando de la fragata. Ya la nave había pasado el pasaje de Tannhäuser, y una luz rojiza inundó el puente. Inmediatamente empezó a registrar vibración y a remecerse como si estuviese en un terremoto. Eran los motores de la nave luchando contra los efectos de la gravedad. Habían llegado al sistema estelar del súper gigante Betelgeuse. De pronto, el café contenido en la taza del comandante, que estaba apoyada en el posavasos de la silla de mando, empezó a ladearse hacia su izquierda, vibrando al igual

---

18 Betelgeuse es una estrella supergigante roja «condenada a morir» debido a su inmenso tamaño. Consume su combustible a una tasa mayor que la de nuestro Sol, que tiene 4500 millones de años aproximadamente, a diferencia de Betelgeuse, que tiene solo entre 8 a 10 millones de años. Cuando explote, su brillo será tan grande como el de la Luna.

que el resto de la nave, signo inequívoco de las masivas fuerzas de marea que ejercía la luminaria sobre la fragata. La nave estaba entrando en las inmediaciones del sistema, gobernado por el astro y su poderosa atmósfera estelar, que se escabullía por la nube de polvo que rodeaba la estrella. La utilizaba como camuflaje para evitar la detección por parte del enemigo. Este plan había sido urdido por los comandantes, quienes pensaron que las múltiples frecuencias que la estrella emitía en el espectro harían prácticamente invisible a cualquier nave solitaria.

De pronto, las alarmas de los sensores se dispararon en el puente de mando de la fragata. Un objeto masivo había aparecido en los sensores y se desplazaba con una trayectoria definida a través del campo de polvo estelar. El comandante acercó sus dedos a la consola táctil que se encontraba en uno de los pasamanos y, con ágiles movimientos de dedos, tocó la consola: no había identificación IFF<sup>19</sup>. Los cristales del puente empezaron a ser cubiertos por mamparas metálicas. La luz de la cabina cambió de blanca a roja. El llamado a puestos de combate salió por los altavoces e inundó todos los pasillos de la nave. El personal no esencial fue a sus camarotes y se aisló, esperando la inminente tormenta bélica. El resto tomó sus posiciones y, pronto, solo el silencio recorrió la nave.

El comandante ordenó que la nave asumiera la misma velocidad que el polvo que la circundaba y un alto total de los impulsores. Con eso, esperaba pasar inadvertido para los detectores de la nave desconocida. Hubo un momento de silencio en el puente de mando. Se podía ver cómo el sudor frío caía por la frente de algunos tripulantes, mientras el rostro del capitán permanecía

---

19 El IFF (Identification Friend or Foe) es un sistema de identificación de naves amigas o adversarias.

impávido. Los sensores parecieron callar por un instante. Al parecer, la nave desconocida no podía detectarlos y, por un momento, creyeron que la maniobra había funcionado. Pero, de pronto, las alarmas empezaron a sonar nuevamente y los rostros de la tripulación del puente reflejaron signos de desesperación. Mientras tanto, el capitán permanecía estoico en su silla de mando. Uno de los tripulantes miraba fijamente la pantalla de su consola mientras contaba la distancia.

El objeto desconocido estaba a menos de cien metros de la nave. La tripulación, sombría, a la espera del final inevitable; el mismo que le había seguido a sus compañeros de otras naves. De pronto, el capitán ordenó levantar los escudos. La tripulación, consternada, se miraba mientras nada ocurría. El capitán volvió a repetir la orden y las mamparas metálicas se levantaron. La luz se coló por el puente de mando, inundándolo de un brillo rojizo anaranjado, como un atardecer de la Tierra. El capitán, junto con la tripulación, por primera vez pudieron ver la forma del objeto con sus propios ojos. Era de forma redondeada, muy parecido a una mantarraya terrestre, con apariencia de material pulido y reflejos de color bronce, quizás por el brillo de la estrella. De repente, una de las alarmas de las consolas se encendió. Era la notificación de los sensores de que las armas del enemigo estaban activas. Uno de los tripulantes instintivamente acercó sus manos a la consola. Su intención era activar los sistemas defensivos de la nave. En ese instante, el capitán le gritó:

—¡No toque esa consola, alférez!

Los tripulantes, consternados, se miraban unos a otros. ¿Estaban a punto de exterminarlos y el capitán no iba a hacer nada? ¿Estando a las puertas de la muerte, acaso, el capitán se había vuelto loco? Esos eran los pensamientos de la tripulación

ante la súbita orden del capitán. El alférez gritó en tono de desesperación:

—¡Nos han lanzado un proyectil! Impactó en 5, 4, 3...

La tripulación, desesperada, se agarró de las manillas de seguridad de sus consolas, muchos de ellos cerrando sus ojos, preparándose para el impacto, seguros de que la nave encajaría el golpe. El único aún estoico era el capitán. Su rostro estaba expectante, pero aún reflejaba seguridad. Justo en el momento del impacto, el proyectil hizo algo que nunca nadie había visto: se detuvo a exactamente diez metros de la nave, emitiendo brillos azules y elevándose lentamente hasta detenerse en la línea visual del puente de la nave. La luz se dividió formando un patrón de anillo o toroide, con los mismos bellos tonos azulados, y en su centro, formas sinuosas que eran ilegibles, cambiando en diez formas diferentes en intervalos de tiempo desiguales. La tripulación, aún sorprendida, se preguntaba si era una trampa de esos seres; alguna técnica para obtener inteligencia o algo por el estilo. El único tranquilo con la situación era el capitán.

—¡Han lanzado otro proyectil! —informó el alférez a cargo de la consola de sensores.

De nuevo el miedo se apoderó de la tripulación. ¿Este será el final? ¿Algún tipo de tortura? ¿Alguna retorcida estratagema por parte de una perturbada inteligencia alienígena? Las preguntas seguían mientras el proyectil se acercaba y detonaba a la misma distancia. El proyectil hizo lo mismo que el anterior, solo que los patrones dentro del toroide de luz se movían más rápido. El fenómeno se repitió varias veces durante el transcurso de una hora, con los patrones dentro del anillo de luz generado por el proyectil cada vez más rápido, hasta que de pronto los disparos o señales se detuvieron. La nave alienígena giró lentamente

mostrando su popa a la fragata y empezó a acelerar, alejándose lentamente a través del campo de escombros. La tripulación del puente quedó perpleja ante tal acción nunca antes vista por parte de un ser humano. Se escuchó una voz que rompió el silencio del puente de mando:

—¡Sigán a esa nave!

La tripulación, aún perpleja por todo lo que había sucedido, esta vez espabiló más rápido y acató inmediatamente las órdenes del capitán. Ya no tenían dudas de las órdenes recibidas por parte de su comandante.

Un par de minutos después, ambas naves se encontraban alejadas de la luminaria, de la que solo se veía un punto rojo brumoso. La nave alienígena se detuvo. Lo mismo hizo la nave humana. De repente, la estrella se retrajo, disminuyendo su intensidad, y luego, súbitamente, aumentó su brillo, hasta iluminar todo su entorno y en todas direcciones a muchos años luz a la redonda. El polvo alrededor de la estrella produjo patrones de ondas de choque en el campo de escombros, como las de un estanque de agua al arrojarle guijarros. El brillo era tan intenso que cegó por un momento a todos en el puente de la fragata. Luego, las capas de la otrora gigante roja salieron expulsadas al espacio, formando hermosos patrones de colores brillantes debido a los nuevos elementos formados: hierro, níquel, silicio, oxígeno y magnesio. Se entrelazaban en vívidos colores. De pronto, otro brillo surgió de las cenizas estelares de Betelgeuse. Un nuevo ente había surgido: un agujero negro.

En el puente de mando, toda la tripulación volteó a ver a su capitán mientras su rostro era iluminado por el espectáculo cósmico en la lejanía. En su silencio, había contemplado una po-

sibilidad y un plan que, si hubiesen sido conocidos por sus superiores, lo habrían tachado de loco y le habrían quitado su mando.

Siempre que ocurría algún acto bélico con ellos, inmediatamente después sucedía algún tipo de hecatombe espacial: alguna inestabilidad gravitacional, la muerte de alguna estrella, una tormenta de rayos cósmicos, días o incluso horas después de acaecida la batalla. Pero era tal la ira y la rabia que se sentía posterior al hecho, que estos eventos espaciales pasaban inadvertidos para todos. La furia y búsqueda de venganza reemplazan cualquier sentido común de observar estos hechos espaciales. Como comandante, sabía que tenía que detener el derramamiento de sangre y apostar todas sus fichas a que siempre había sido un error de interpretación, y que los terrestres habían actuado erróneamente. Él, como comandante, había sacado el dedo del botón y había ganado.

Ambas naves contemplaron el amanecer de una nueva luminaria y, con ello, el alba de un nuevo entendimiento entre especies de distintos mundos de origen.

## EL FIN DE LA OSCURIDAD

Siempre que había un tiempo libre después del quehacer cotidiano, salía a las afueras de su pueblo, aprovechando que las corrientes marinas traen menos sedimento para observar el cielo. Detrás de él, su pueblo era tenuemente resaltado por la bioluminiscencia de las construcciones que rodeaban las chimeneas hidrotermales que daban calor y nutrientes a sus casas. Era una relación simbiótica que tenían con sus propios hogares en forma de cúpula, con paredes de texturas similares a una botella de gaseosa, como la de las medusas de la Tierra, con tonos anaranjados, ancladas al lecho marino. Ellos se preocupaban de que estas estuvieran limpias y tuvieran acceso a los nutrientes de las chimeneas y, también, cuando era necesario, asistieran en su reproducción, mientras las medusas/construcciones, que eran increíblemente resistentes, les dieran refugio de las tormentas generadas por las corrientes marinas; un lugar para criar a su prole, un espacio donde pudieran desarrollar su intelecto durante siglos, lejos de depredadores que merodearan los páramos del lecho marino. Era un perfecto compromiso entre formas de vida para mutuo beneficio. Pero él no dejaba de mirar al cielo cada vez que terminaba su jornada laboral, que consistía en hacer lámparas bioluminiscentes (otra relación simbiótica entre su pueblo

y los seres que generaban la luz, al igual que las medusas que les daban hogar). Siempre salía a ver el firmamento, que era negro. Para su pueblo, tratar de llegar a él era el fin del mundo. Las historias de los viajeros que se habían aventurado, tratando de llegar a él, terminaban en la locura. Decían que era un lugar frío y que se podía tocar, literalmente, el fin de todo. Toda su vida lo había visto igual, y así pasaba las horas, hasta que la temperatura del agua empezaba a descender. La actividad volcánica que generaba los chorros dentro de las chimeneas hidrotermales bajaba e indicaba que se había terminado la jornada.

Y así pasaba el tiempo después del trabajo, viendo el cielo siempre oscuro, siempre en incógnita. Hasta que ocurrió lo impensable. En una de esas salidas, vio en el cielo lo más extraño e increíble que había visto en su vida: un punto de luz. Era la primera vez que aparecía algo semejante en el firmamento. Él no fue el único en verlo. Todo su pueblo lo vio. Empezó a cundir el pánico; sus pares se preguntaban si era realmente el fin del mundo como lo habían dicho los viajeros locos, o era una señal del maligno, del cual habían hablado sus antepasados. Su pueblo estaba consternado, pero para él era una tentación irresistible. Tenía que saber que era.

Después de una breve discusión con su pareja, en un mundo líquido donde el sonido servía como idioma, pero el contacto y la gesticulación visual eran los idiomas íntimos entre las parejas, ella le dio a entender que fuera y averiguara qué era lo que estaba pasando, qué era esa luz en el cielo, pero que se cuidara mucho. Y así, en las primeras horas de la jornada, cuando las aguas de las chimeneas entibiaban el ambiente e indican el inicio de la jornada para los habitantes del pueblo, él salió delicadamente de su casa, moviéndose con el agua.

Había pasado mucho tiempo desde que había salido por última vez de casa para impulsarse a través de las aguas. Utilizando sus tentáculos, empezó a notar cómo a medida que empezaba a aproximarse a la luz, el agua empezaba a hacerse más fría y el entorno marino se hacía más oscuro, exceptuando por esa luz que se hacía un poco más brillante a medida que se internaba en la oscuridad. Su bioluminiscencia natural también resaltaba colores rojos, verdes y azules pálidos que recorrían su cuerpo. Parecían hacerse cada vez más brillantes a medida que el frío y la oscuridad aumentaban.

El frío era aún mayor y calaba en su musculatura cada vez más, pero la misteriosa luz del cielo ya estaba cerca; su brillo era cada vez más fuerte. De pronto, tocó una pared. Era hielo. Trató de golpearlo varias veces, pero era sólido como una roca. Empezó a recorrer en varias direcciones, pensando que se trataba de algún escollo gigante, porque todavía podía ver la luz detrás de él. Pero no; era una pared infinita. Empezó a desesperarse. Los viajeros tenían razón: sí había un fin del mundo, y había llegado a él. Aunque aún podía ver esa luz a través del hielo. ¿Cómo era posible? ¡Entonces, ese no era realmente el fin de todo! Había algo más allá. ¿Pero qué era? Miraba la luz a través del hielo que cada vez se hacía más potente y brillante. Tan brillante que le molestaba a la vista. Estaba allí, detenido, flotando en el líquido, tratando de continuar viendo la luz. Hasta que, de pronto, sintió el cielo resquebrajarse. Se abrió y de él emergió un extraño cilindro amarillo y naranja en el que podía leerse: «NASA. Europa Explorer»<sup>20</sup>. Era el fin de la oscuridad.

---

20 La NASA tiene planeada la misión Europa Clipper, cuyo objetivo es explorar la luna Europa mediante sobrevuelos, mientras orbita alrededor de Júpiter.

## ÍNDICE

<b>9</b>	Prefacio
<b>11</b>	Trabajo de campo
<b>16</b>	Las flores de mi jardín
<b>25</b>	Beep, beep
<b>29</b>	Los 2 soles
<b>32</b>	Última stellarum
<b>38</b>	En busca de contacto
<b>42</b>	El valor de un recuerdo
<b>44</b>	El juicio
<b>51</b>	El foráneo
<b>52</b>	Desierto
<b>58</b>	Sueño temporal
<b>63</b>	Arrieros
<b>72</b>	El monstruo de Flatwoods
<b>75</b>	Polímata
<b>80</b>	Ellos
<b>88</b>	El fin de la oscuridad

EN  
ESTE TRABAJO  
COLABORARON BELÉN  
RAMÍREZ EN EDICIÓN, Y ROBERTO  
MORALES EN DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN.  
EL LIBRO SE COMPUSO UTILIZANDO UNA  
TIPOGRAFÍA SERIF Y FUE IMPRESO SOBRE  
BOND AHUESADO DE 80 GRAMOS. SU  
PRIMERA EDICIÓN SE COMPLETÓ, EN  
COLABORACIÓN CON LA IA, EN  
EL MES DE SEPTIEMBRE DE  
2024.